

EL MOLINERO DE SUBIZA,

ZARZUELA HISTÓRICO-ROMANESCA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

LUIS DE EGUILAZ,

MUSICA DE

DON CRISTOBAL OUDRID.

Representada por primera vez en el Teatro de la ZARZUELA el 21 de
Diciembre de 1870.

SÉTIMA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

Esta y las demas obras del mismo autor son propiedad de la Señorita Doña Rosa de Eguilaz y Renart, única y legítima heredera de D. Luis de Eguilaz, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirlas ni representarlas en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS DE A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SR. DON JOSÉ CORT Y CLAURO.

Tiempo há, mi querido amigo, que deseaba escribir su nombre al frente de una de mis obras, por darle así una muestra, aunque débil, del afecto que le profeso, mas dolencias físicas y morales hacen que no pueda dedicar al teatro todas las horas que querría y que mi apellido no aparezca por lo tanto ahora en los carteles con la frecuencia que en los años pasados. Siete van á cumplirse desde que dí comienzo á esta zarzuela, y por sí Dios tiene dispuesto negarme la salud y reposo necesario para componer otras de más valía, quiero aprovechar la ocasion que se me presenta de ver unidos su nombre y el mio en una de sus páginas primeras.

Extrañeza y no poca habrá causado á usted que yo, paladin constante del teatro nacional, que considero una de las mayores glorias de nuestra vieja España, dedique mi pluma á cultivar un género, que tanto de extranjero ha tenido hasta ahora; más si usted analiza esta zarzuela verá que ha sido escrita con el pensamiento de purgar de extranjerismo el arte lírica española; que en balde nuestros compositores pretenderán dar á su música el carácter de nacionalidad, sin el cual no llena su objeto, si los poetas no escriben poemas inspirados en el sentimiento pátrio, que hablen al público de nuestras costumbres, de nuestras ideas propias, de los altos hechos de nuestros nobles antepasados. Si nuestros inmortales romances fueron hechos para que el pueblo los cantára, y el romancero es una de las joyas más ricas de la literatura nacional, esa agua pura debe beber el teatro lírico español, é inspirándose en su romanticismo, es como podrá lograr un día dar cima á la obra, cuyos ciements echó Calderon con *La púrpura de la rosa*. Así pues, mi querido amigo, si ahora me halla en el teatro de la calle de Jo-

vellanos, no ha de entender usted que soy un soldado que se pasa y que va á combatir á la sombra de extraña bandera; que allá voy enarbolando la que tan alta levantó Lope de Vega, y en la que aún se leen, sin que el tiempo logre borrarlos, cinco nombres santos para los españoles: *Religion, moral, patria, libertad, honor*; y esa venerable bandera, que simboliza el espíritu español, es la misma que dió al viento Pelayo en Covadonga; la que siguió á los compañeros de Colon á la conquista de un mundo; la que enhiesta gallardeaba en Gerona y Zaragoza en medio de la matanza y el incendio.

Siendo esto cierto, y siéndolo tambien que nuestro pueblo muestra singular predileccion por esa comedia con música, que desde siglos hace lleva el nombre español de zarzuela, nombre que recuerda su origen nacional, á los teatros en que esa comedia se representa debe el poeta ir á buscarle para cumplir cerca de él su noble y santa mision de hacerle amar lo hermoso, y lo patriótico, y lo bueno, separándole á la vez del mal gusto y de la perversion moral que un arte extranjera ha introducido entre nosotros. Hace algunos meses intenté combatir ese arte desde lejos con mi drama *Lope de Rueda*: hoy, puesto que ha sentado sus reales en la zarzuela, voy á su propio campo á combatirla con *El molinero de Subiza*. Si no logro mi objeto,—que el público me dice que sí lo lograré,—habré al ménos hecho cuanto en mi mano ha estado por cumplir con mi obligacion.

Cuantas personas han podido ayudarme á salir airoso en mi difícil empresa, lo han hecho con un calor y un celo que nunca podré agradecerles bastante. Cristóbal Oudrid, el popular compositor, ha encontrado en su rica imaginacion, para engalanar mi zarzuela, melodías aun más bellas y dramáticas que las que le inspiró *Moreto*; y su música compite ventajosamente con la mejor que hoy se produce fuera de nuestro país; Diego Luque, ha dirigido y ensayado mi obra de un modo tal, que público y prensa á una voz, han saludado en él un nuevo Grimaldi; que hace años no se veía en Madrid composicion dramática puesta en escena con tanta belleza y exactitud histórica, lo cual ha contribuido tan poderosamente al éxito, que bien puede decirse que á él se debe la mitad del alcanzado; los actores todos,

sin distincion de categorías han hecho en la interpretacion de sus papeles más que en ninguna zarzuela, gracias al entusiasmo y á la fe con que han aplicado á esta su inteligencia; mis amigos los pintores la han decorado con un gusto y una poesía, que hace de algunos de sus lienzos verdaderas obras maestras, dignas de figurar en un museo; la empresa—¡cosa rara en España!—lejos de escasear recursos ha facultado al director para que la presente con propiedad y lujo sin paramientos en el gasto que esto ocasiona, y por último, los abonados y habituales concurrentes al teatro de la calle de Jovellanos, no obstante las treinta representaciones consecutivas (1) que *El molinero de Subiza* lleva á la fecha en que escribo, sin dar señales de que por ahora termine esta ya larga série, no sólo no dan muestras de cansancio y hastío, sino que ántes bien nos anima á todos una y otra noche con sus aplausos, dándonos á entender así que esta es la senda por donde caminar deben autores, artistas y empresarios.

El tiempo y los desengaños no han conseguido cerrar mi corazón á la gratitud; así es que al dedicar á usted esta obra, por la mucha que le debo, creo un deber en mí hacer pública la que me inspiran los que á salir airoso en mi difícil empresa me han ayudado. Pobre soldado, herido en la campaña literaria, otro medio no tengo de demostrar mi afecto; más puesto que el camino honrado que sigo desde que por vez primera pisé un escenario me ha grangeado más cariño y consideracion que merezcó, piénsome que en algo correspondo á lo que debo, siguiendo hasta el fin de mi vida con la divisa que en lo mejor de ella adopté: «Ó triunfar con el arte española ó morir por ella en la demanda.»

Luis de Eguílaz.

(19 de Enero de 1871.)

(1) Al hacerse esta edicion, lleva la obra trescientas veinte y siete representaciones en Madrid.

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena por

DON DIEGO LUQUE.

PERSONAJES.

**ARTISTAS QUE HAN TOMADO PARTE
EN LA OBRA.**

BLANCA MERCELINA.	SRES. ZAMACOIS, BERNAL, CORTÉS, MALDONA- DO, TRILLO Y URIONDO.
GUILLEN ROTRON.	SRES. LANDA, LOITIA Y ESTASEN.
GONZALO.	SRES. SANZ, DALMAU Y MARIMON.
CONDE D. GIL.	SRES. CALTAÑAZOR Y MIRÓ.
MELENDO.	SRES. LOITIA, MARIMON É HIDALGO.
DON PEDRO TIZON. . . , . . .	SRES. CRESPO É HIDALGO.
MAESE LANGUSTINO.	SRES. ESCRIU É IGLESIAS.
EL ABAD.	SRES. CALVET Y EDO.
PELEGRIN CASTELLEZUELO..	SRES. MARIMON Y EDO.
VASCO.	SRES. LASFUENTES Y GONZALEZ.
EL HERMANO GALINDO. . . .	SRES. ZAMACOIS, BENEDÍ Y PARDO.

Villanos y villanas, molineros, pajes, esenderos, monjes, conjurados, damas,
niños, romeros, consejeros, danzantes, nobles y pueblo.

Cuenca de Pamplona, 1134.

Las decoraciones del primero y segundo acto han sido pinta-
das por D. ANTONIO BRAVO, y las tres del tercero por los Se-
ñores FERRI y BUSATO.

Los trajes se han hecho bajo la direccion de D. LORENZO
PÁRIS y D. AQUILINO PEREZ.

ACTO PRIMERO.

Paisaje ameno en las inmediaciones del castillo de Subiza.

—Terreno muy quebrado.—Á la derecha el exterior de un molino movido por un torrente, que se precipita desde el fondo y viene á ocultarse por el proscento de la derecha.—Á la izquierda del foro, y sobre una colina, la fachada y recinto murado de un monasterio bizantino.—Varios grupos de corpulentos árboles sombrean y cobijan el primer término.—Multitud de veredas, todas de poca elevacion, arrancan del segundo término; y despues de tomar varias vueltas, van á morir, las unas por la derecha, las otras por la izquierda, y una bastante ancha en la puerta de la iglesia.—Desde el altonazo en que está esta á unas grandes rocas que habrá detrás del molino, un puente ó calzada de un solo ojo.—De dos árboles de la izquierda pende un columpio adornado de flores.

ESCENA PRIMERA.

VILLANOS, VILLANAS, MOLINEROS, despues GALINDO, y luego PAJES, D. GIL, LANGUSTINO y MONJES.

INTRODUCCION.

VILLANOS, VILLANAS y MOLINEROS.

Pues el dia es de fiesta y holgura,
y las viejas durmiendo estarán,

cada cual con su } novia, { bajito,
 } novio, {

- puede un párrafo á solas echar.
- ELLOS. Ayayayay! que aunque siento fatiga
(Cada uno á la suya.)
no quiere tu madre que yo te lo diga.
Ayayay! que escuchando mi queja
se muere de risa la pícara vieja.
Esto hay! esto hay!
ayayay, ayayay, ayayay.
- ELLAS. Ayayayay, que aunque yo bien me abraso
mi madre me dice que no te haga caso.
Ayayay, que mi abuela asegura
que así no me hablarás delante del cura.
Esto hay! esto hay!
ayayay, ayayay, ayayay!
- UNOS. El columpio está esperando.
Quién le ocupa? quién le ocupa?
- TODOS. Menga, Menga! Arriba Menga!
- ELLAS. Tapa, tapa!
- ELLOS. Upa, upa!
(Bajándole las sayas á Menga, á la que suben al
columpio los hombres.)
- UNOS. En dos cosas se parecen
el columpio y la mujer,
En que el hombre es quien los mueve
y en que el aire es su sosten.
- TODOS. Anda pues! anda pues!
Á la una, á las dos, á las tres!
- UNOS. Allá vá!
- OTROS. Suelta tú.
- ELLAS. Ay, ay!
- ELLOS. Uuuuuuú!
-
- UNOS. Cuando veo en el columpio
hembra de tal condicion,
en el centro de mi cuerpo
se columpia el corazon.
- TODOS. Anda pues, etc.
- ELLAS. Ayayayay, que aunque es cosa de gusto,
el verla en el aire me da mucho susto.
Ayayayay, que aunque mal no se ha hecho,
el corazoncito me salta en el pecho.
Que se cae! que se cae!

Ayayay, ayayay, ayayay!

(Tapándose los ojos.)

ELLOS. Ayayayay, que aunque bien me retiro
con el movimiento no sé lo que miro.
Ayayayay, que aunque no lo deseo
por más que te tapes las ligas te veo.

Daca y trae! daca y trae!

Ayayay, ayayay, ayayay! (Riendo.)

ELLAS. Ayayay, que los ojos te tapo:
y si más la miras te pego un sopapo.

(Cada una al suyo poniéndose en jarras.)

ELLOS. Ayayay, qué son estos antojos
que tienen á veces los pícaros ojos!

ELLAS. Esto hay! esto hay!

(Dándole cada una al suyo un bofetón.)

ELLOS. Ayayay, ayayay, ayayay! (Al recibir el golpe.)

Me quema, me arde,

me punza, me duele,

me aviva, me atonta,

me pica, me escuece.

ELLAS. Le quema, le arde, etc.

HABLADO.

GAL. Deo gratias!

(Apareciendo en la calzada por la parte de la derecha.)

ELLAS. El lego! el lego!

UNAS. Hermano Galindo!

OTRAS. Hermano,
eche al columpio una mano.

GAL. Yo, hermanas! El hombre es fuego;
la mujer, según la copla
que tengo por indudable,
sutil estopa inflamable!

No, no, que vendrá el que sopla!

TODOS. Baje, baje!

GAL. Yo en función
en que hay columpio y meneo,
y hembras en zangoloteo?

¡Ja más! ¡Huye, tentacion!

(Entra en el monasterio rápidamente santiguándose y volviendo la cara atrás. Agitacion en la orquesta.)

CASI HABLADO.

UNOS. Mas qué es esto?

OTROS. Chito! chito!

UNOS. Viene régia comitiva.

OTROS. Es el conde don Gilito.

UNO. Viva el conde!

TODOS. Viva, viva!

(Sale un peloton de pajes corriendo y se lanza á las muchachas.)

CANTO.

PAJES. Lo dicen los trajes,
la gala gentil:
aquí están los pajes
del conde don Gil.

(Cada uno á una mostrándole la cara.)

De fiesta venimos,
haz fiestas aquí.
Muchacha, muchacha,
me muero por tí!

GIL. Tate, tate, pajecitos,
(Apareciendo primer término derecha.)
no vagueis de flor en flor,
que unas mozas tan garridas
son bocado de señor!

TODOS. Viva el conde! Viva el conde!

GIL. Vivo está, gracias á Dios! (Ya entre ellas.)

Con la viveza de ojos tan vivos
no hay un viviente que viva mal.
Vivo, muchachas! llegad al conde,
que ya depone su autoridad.
¡Quien fuera gato que entrar pudiera
por la gatera de tu portal!
un arañazo diera á tu madre

y á tí te diera cuanto hay que dar.

ELLAS. Ay qué graciosos son estos nobles
cuando deponen su autoridad;
gracia tendría mayando un conde
en la gatera de mi portal.

VILLANOS y PAJES.

Ve que hay en esto gato encerrado; (Á Ellas.)
y si las uñas llega á sacar,
hará, bien mio, muchas gatadas
en la gatera de tu portal.

(Se abren las puertas de la iglesia y salen de ella
de dos en dos los monjes, que reciben, bajo palio
señorial, al conde D. Gil. Todos se descubren y
oyen con respetuoso silencio el canto de los mon-
jes.)

MONJES. Suba en nubes el incienso
hasta el trono del Señor,
y entre al templo el conde invicto
de esta casa protector.

CONDE, ELLOS y ELLAS.

Vamos todos cual cristianos (Mucha unción.)
á la casa del Señor.

(Van todos entrando lentamente en la iglesia, al
mismo tiempo que se extingue la música en la or-
questa. Se cierra el cancel de la iglesia al pen-
trar el último. Mucha gravedad en este final.)

ESCENA II.

GONZALO, D. PEDRO TIZON.

HABLADO.

Al irse cerrando las puertas del cancel de la iglesia, se abre
con cierta precaución la del molino y aparece en ella Gonzalo
al mismo tiempo que sale D. Pedro por la izquierda y avanza
misteriosamente hacia él.

PEDRO. Se fueron. (Saliendo.)

GONZ. Cesó el ruido.

(En la puerta del molino: baja.)

PEDRO. Señor... (Quoriendo hincar la rodilla.)

GONZ. Eso no! Á mis brazos!

PEDRO. Pensé no volver á verte.

GONZ. Un ángel por mí ha velado.

PEDRO. Tu herida?...

GONZ. Está ya curada.

PEDRO. Tus fuerzas?...

GONZ. Dame un caballo

y una lanza, y dime dónde
se lidia por los navarros.

PEDRO. Como quien eres contestas;
pero habla, señor, más bajo.

GONZ. Qué temes?

PEDRO. Todo lo temo.

Tres corceles reventando
llego de Monzon ahora,
donde en Córtes se han juntado
los de Aragon sin nosotros,
y creyéndonos esclavos,
sin consultar nuestro gusto,
nos han elegido un amo.

GONZ. ¡Por San Fermin!...

PEDRO. No te irrites:

que aún por él penden no ha alzado
ciudad ni villa Navarra,
ni viviendo tú ha de alzarlo.

GONZ. Quién es el rey que se dan
los de Aragon? (Con calma)

PEDRO. Un menguado,

que cuando cabalga y lleva
lanza y escudo en las manos,
coger suele con los dientes
las riendas de su caballo.

GONZ. ¡Luego no es Pedro Atarés?

PEDRO. No pica Aragon tan alto.

Alfonso el Batallador
dejó, señor, un hermano
monje en Sent Pons de Narbona
que don Ramiro es nombrado.

Á éste en Monzon por rey alzan
ricos-homes y prelados!

GONZ. ¡Y Pedro Atarés lo sufre?

PEDRO. Aún lo ignora. Confiando
en que será el elegido,
de Monzon háse alejado,
y con nuevas que le llegan
de que aquí te aclama un bando,
de Borja á aquí se encamina
con buen golpe de soldados.
GONZ. Y qué hacer debo?

PEDRO. Alejarte.

Por si ese riesgo cercano
aún fuera poco, ahora mismo
de esa abadía en los claustros,
—confundidos con la plebe,
que de pueblos comarcanos
hoy viene aquí en romería,—
más de cien nobles navarros
van á juntarse. Atarés
tiene entre ellos partidarios...
y es sino en los de tu raza
el morir asesinados!

GONZ. Pedro Tizon: el que vive
en continuo sobresalto
temiendo hasta de su sombra,
proscrito, errante, y mirando
en cada hombre un asesino
y un puñal en cada mano;
el que sin hogar ni patria
pasar ve sus tristes años,
escondiendo como un crimen
el nombre augusto y preclaro
—que cien varones insignes
por herencia le dejaron,—
estima en poco una vida
que le dieron por su daño.
Llévame tú ante esos nobles;
que mi voz en esos claustros,
donde duermen en sus tumbas
mis régios antepasados,
truene, y despierte á quien yace
en vergonzoso letargo...
y si el triunfo no corona
nuestro pendon en el campo,

morir podré como bueno
á su sombra peleando.

PEDRO. Yo te llevaré al combate,
y presto. Pero entre tanto
hasta para el más amigo
sigue siendo don Gonzalo.
—Mira; sólo la sospecha
de que siguiera tu bando,
al noble Guillen Rotron
ha hecho perder sus estados.
Si á él,—tu más leal apoyo
y tu más fiel partidario,—
le dijésemos quién eres,
el mismo respeto acaso
con que tratarte querría,
revelara á los contrarios
que estás aquí, consiguiendo,
—pues que aun hoy vencer no es dado,—
nuestra pérdida y tu muerte
y la de ese noble anciano.

GONZ. Vé, pues, y sosten mi causa
ante esos buenos hidalgos!

PEDRO. Que al salir te encuentre pronto
á montar en tu caballo,
y á partir de aquí conmigo
tras un triunfo no lejano!

GONZ. Dios, amigo fiel, te escuche!

PEDRO. Dios, señor, me está escuchando!

(D. Pedro se dirige á la iglesia y Gonzalo se queda pensativo.)

GONZ. Partir! y partir sin verla!

Sin decirle «adiós!»—Ah! Vasco! (Viéndolo.)

ESCENA III.

GONZALO, VASCO. Primer término izquierda.

VASCO. Vasco, que en tu busca viene.

GONZ. Dios te trae.

VASCO. Dame albricias!

La que con tierno desvelo
ha curado tus heridas,

esa mujer misteriosa
que huir parece tu vista
desde que estás sano y salvo,
viene hoy aquí cual solía.

GONZ. La has visto?

VASCO. Al cruzar el valle.

GONZ. Vamos pues á recibirla.

VASCO. Don Gonzalo: cuando herido (Deteniéndolo.)

por una lanza enemiga

á ese molino te traje,

—pues que llegar no podías

sin morir hasta el castillo,—

á don Guillen con mi vida

respondí, de que seguro

hasta su vuelta estarías.

GONZ. Por mozo de tu molino

paso en toda la campiña,

y basta seguro á darme

el disfraz que llevo encima.

VASCO. Basta en un dia cualquiera;

pero hoy... no es cualquiera dia!

GONZ. ¿Tienes miedo á los villanos

de esas aldeas vecinas

que á la procesion acuden?

VASCO. Ni á esos, ni á la corte misma

de Lucifer! Pero entre ellos

se han visto caras sombrías,

de esas que nunca aparecen

si no hay gresca y sarracina,

y si eso no basta, sabe,

que ahora ha brillado á mi vista

debajo de un pobre sayo

juna cota granadinal!

GONZ. Entónces para ella hay riesgo,

y yo debo...

VASCO. No peligras

en el valle una pastora

de los montes de Subiza!

GONZ. Vasco, no dan estos montes

tal despejo y bizarría,

ni el sol quema rostros tales,

ni tal pie breñales pisa.

- Tanto sabe ella de ovejas
como sé yo de maquilas!
- VASCO. (Con sobresalto.)
Has averiguado acaso?...
- GONZ. Nada. (Con sencillez.)
- VASCO. Ella aquí se avecina,
y te dejo.
- GONZ. Dios te guarde.
- VASCO. (Ya sospecha!) Dios te asista. (Váse.)
- GONZ. Voy á verla! Por la Virgen,
que estoy temblando!—Esta encina
me oculte, hasta que sereno
mostrarme pueda á esa niña.
-

ESCENA IV.

GONZALO, BLANCA.

CANTO.

- BLANCA. Una niña se fué al molino,
que su madre se lo mandó:
como amor era allí molinero,
en harina metida quedó.
«La molienda es hoy;
al molino ve.»
Ay, madre! si voy
me enharinaré.
-

- GONZ. (Que ha ido acercándose.)
Gallarda pastora?
- BLANCA. Dios guarde al zagal.
- GONZ. Mis ojos sedientos
beber pueden ya.
- BLANCA. Apártese un poco.
- GONZ. De tí nunca más.
- BLANCA. Señor molinero,
escuche un cantar.
-

Una niña se fué al molino,
al molino que puso el amor;

más que trigo llevaba esperanzas
y en harina trocadas las vió.

«Ya pan no nos queda,
al molino vé.»

—Ay, madre, la rueda
va á cogerme el pie.

GONZ. De tan dulce encanto
Déjame gozar.

BLANCA. Si se acerca tanto
me va á enharinar.

GONZ. Rosa de abril,
cándida flor,
ven, niña gentil,
á calmar mi ardor.
Fuego voraz
quema mi sien,
ven, ángel de paz,
ven, mi niña, ven!

BLANCA. Si ante su ardor
me hago de miel,
con todo su amor
mosca será él.
Torno al redil;
hágase allá;
que aunque es tan gentil,
me enharinará.

GONZ. (Queriéndola abrazar y yendo tras ella.)
Ven, niña divina,
mi pena á calmar.

BLANCA. Metida en harina
no quiero quedar.

GONZ. Sólo una mano.

BLANCA. Guardo las dos.

GONZ. A que la tomo?

BLANCA. Él? Á que no?

GONZ. Por qué?

BLANCA. Me riñen.

GONZ. Quién?—Por favor!

BLANCA. El cura.

GONZ. Cómo?

BLANCA. En el sermón.

GONZ. Dame los brazos.

BLANCA. Líbreme Dios.

GONZ. Por tí me abraso.

BLANCA. (Riendo.) Agua, señor!

Dése en la azuda

un chapuzón.

GONZ. Eres de nieve!

BLANCA. (Sentida.) ¡De nieve yo?

¡Anda por dentro

la procesión!

GONZ. Pues voy.

BLANCA. Pues corro.

GONZ. Cede á mi amor!

BLANCA. Cómo?

GONZ. Abrazándome.

BLANCA. Sí?...

GONZ. Sí!

BLANCA. No! no.

—

GONZ. Quedas las manos?

te escucho ya.

BLANCA. Esa es harina

de otro costal.

—

Nunca teme una niña al molino
cuando la piedra no ha echado á andar,
que el rum rum... que en el agua mueve
es lo que siempre miedo nós da.

—

GONZ. Nunca temas, pastora, al molino
cuando la piedra ha echado á andar,
que el rum rum que en el agua mueve
es rüido sólo, rüido no más.

(Al terminar la música parará el molino, si el
maestro ha tenido por conveniente utilizar el rui-
do del agua en el acompañamiento de la cavaleta.)

HABLADO.

GONZ. (Formalizándose y con calor creciente.)

Herido de tres lanzadas,
por las cuales ya del cuerpo
el alma se me salía,
de la guerra me trajeron.
Con yerbas que tú conoces,
salud y vida me has vuelto!
aunque pienso que á tus ojos
más que á tus yerbas les debo.
Si aun más amante vinieras
que te finge mi deseo,
nada que temer tendrías
del amor que arde en mi pecho,
que ángel eres de mi guarda
y por ángel te respeto.

BLANCA. Ya sé de quién me confío;
y sé que eres caballero;
y que lidiando en la guerra
esas lanzadas te dieron.
Sé que te llamas Gonzalo,
y que vives encubierto,
porque los pendones sigues
de Guillen Rotron el Pértico.
Y porque sé tu nobleza
y el mucho amor que te debo,
dando de mano á las burlas,
una merced tuya espero.

GONZ. Si no mandas que te olvide,
cuanto mandes ten por hecho,

BLANCA. Gonzalo, á cumplir un voto
venir debe al monasterio
dentro de poco una dama,
y que no la mires quiero.

GONZ. Turbio correrá el arroyo
en que al peinar tus cabellos
sueles mirarte la cara,
si tienes de nadie celos.

BLANCA. Me otorgas lo que te pido?

GONZ. Sí otorgo; y en prenda de ello

ten mi mano.

BLANCA. Esta es la mia.

GONZ. ¿Cómo enciende en mí tal fuego
siendo una pella de nieve?

BLANCA. Se enciende? Suéltela presto,
y cuenta no la derrita,
que esa y otra no más tengo.

GONZ. Dí, pastora, ¿esta sortija
hátela puesto en el dedo
esa dama que dijiste?

BLANCA. (Olvidéla!)—No por cierto.

GONZ. Será que las de este valle
usen ir al pastoreo
con sortijas blasonadas?

BLANCA. Curioso está el molinero!
Te he dado yo queja alguna
porque me hayas encubierto
que te llamas don Gonzalo
y que eres un caballero?

GONZ. Y si yo partir debiera
á correr peligros nuevos,
de saber á quien adoro
llevar no podré el consuelo?

BLANCA. Quieres... á quien bien te paga:
y entra en el molino luégo,
que decirte más quisiera
y más decirte no puedo!

GONZ. Juras no olvidarme nunca?

BLANCA. Antes muerte me dé el cielo!

GONZ. ¡Ay mi gallarda pastora!

BLANCA. ¡Ay mi gentil molinero!

ESCENA V.

BLANCA, VASCO.

VASCO. Señora?... (Sale apresuradamente.)

BLANCA. Vasco!

VASCO. Tu padre (Bajo todo.)

con sus lanzas y flecheros
casi llega ya al castillo.

BLANCA. Quién te lo ha dicho?

VASCO. Melendo.

BLANCA. Ha vencido! (Con seguridad.)

VASCO. No ha vencido!

Ese castillo roquero
es lo solo que le queda;
y si supiera tras de esto,
que su hija anda con disfraces
enamorando á un mancebo,
ó se muriera de honrado
ó matárate de fiero!

BLANCA. Basta, y á quien hablas mira!

(Cambio completo.)

Á quien cayó combatiendo
bajo el pendon de mi padre
por su rey y por su pueblo,
á curar aquí he venido;
y aun porque el nombre que llevo
no empañara lengua infame,
oculto quiero tenerlo.

(Salen de la iglesia D. Gil y Langustino.)

—Para guardar su castillo
dejó mi padre escuderos;
¡mi honor, lo guardo yo misma!

VASCO. Señora!... (Con mucha sumision.)

BLANCA. (Con sequedad.) Sígueme al pueblo,
donde mientras traje mudo
llegarán las de mi séquito.

VASCO. (Altiya como su padre!)

Señora ..

BLANCA. Basta!

GIL. Qué veo!

ESCENA VI.

DICHOS, D. GIL, LANGUSTINO.

GIL. (Saliéndola al encuentro y con asombro.)

¡La hija de Guillen Rotron
vestida á lo villanesco?

BLANCA. (El conde!)

VASCO. (Estamos perdidos!)

BLANCA. Conde, si eres caballero

nadie por tu boca sepa
cómo me has visto!

GIL. Misterios?...

Ah! Sandio de mí! Sabías
que estaba yo en ese templo,
y has venido disfrazada
mi huella amante siguiendo!
Vé en paz, que en estos asuntos
yo siempre he sido discreto.

BLANCA. En tu palabra fiada,
buen conde, de aquí me alejo,
que está mi padre de vuelta,
y que así me encuentre temo.

GIL. Grata esperanza me dejas!

BLANCA. Dulces son las que me llevo!

GIL. Volverás?

BLANCA. ¿Ves cómo viene
raudo y turbio el arroyuelo
á ese molino atraído
por verse en espuma vuelto?...
Así, cuando de él me aparto
á él atraída me siento,
que en el umbral de su puerta,
de afán loca, saltar veo
en nivea espuma trocados
mis más negros pensamientos. (Vásc.)

GIL. (Compasivamente al verla marchar.)
¡Lo que puede una pasión
cuando se arraiga en un pecho!

ESCENA VII.

D. GIL, LANGUSTINO.

GIL. Hola! mi cronista! (Llamando.)

LANG. Conde?...

GIL. Á mí, maese Langustino!
Habeis visto y escuchado!

LANG. Todo lo he escuchado y visto.

GIL. Cómo la encendí en amores!

LANG. El cómo... yo no lo atino.

GIL. Mas que está ciega es seguro!

LANG. Si está ciega... ¡me lo explico!

GIL. Para escribir mis hazañas
entrasteis á mi servicio.
Si habeis de escribirlas todas,
ya que hacer os ha caído.
—Adónde llegais?

LANG. Ahora
doy comienzo al cuarto libro.

GIL. Qué trata?...

LANG. De la lactancia
del conde don Gil invicto.

GIL. Hoy el lactarse es hazaña?

LANG. Distingo, señor! distingo!

GIL. Qué?—Yo nada.

(Después de mirar á todas partes, poniéndose una
mano sobre los ojos como para recoger la vista.)

LANG. Decir quise
hago distincion.—El título
de hazaña bien no cuadrará
al infantil lacticinio
tratándose de un villano
ó de un oscuro hidalguillo;
pero en un señor cual vos
¡cada paso es un prodigio!

GIL. Cada paso!

(Dando algunos con cierta importancia.)

LANG. Esa pastora
nos da buen ejemplo vivo.

GIL. Cá! no es pastora.—Es la hija
del señor de aquel castillo,
que conde fuera de Alperche
á no haberlo ahora perdido;
dama que reyes desdeña
sólo por mí.—Esto os lo digo
en secreto, para que
con reserva y con sigilo
lo escribais así en mi crónica,
y, una vez en ella escrito,
llegue á noticia de todos.

LANG. Pues llegará.

GIL. En vos confío.

—No quiero, ni es regular,

que cuando pasen diez siglos
se den de calabazadas
los cronistas y eruditos
para averiguar mis hechos.
—No opináis así?

LANG. Así opino.
—Mas ved que el toque de nona
no tardará; y á este sitio
venir deben los más nobles
á alzar rey.

GIL. Ya me apercibo!
LANG. Urge, pues, que os decidáis
por un bando.

GIL. Ya lo sigo!
—¡Cuándo la guerra amenaza
y está la patria en peligro,
todo el que es prudente debe!...
dejar el suelo nativo
y no volver, hasta tanto
que todo se halle tranquilo,
á ocupar el alto puesto
que merecen sus servicios!
Ya llegan.

LANG. Pues apartaos
GIL. tomando un porte humildísimo,
mientras que yo me paseo
con un continente digno,
que acaso, si buscan méritos,
sea yo el rey elegido.

(Toque de nona. Coro de Monjes en la iglesia, y
de Conjurados fuera, que van apareciéndose despues
por todas partes, atraídos por las campanas. Don
Pedro y otros salen del templo.)

ESCENA VIII.

D. GIL, LANGUSTINO, D. PEDRO. TIZON, CASTELLEZUELO.
CABALLEROS, CONJURADOS, despues D. GUILLEN y ME-
LENDO.

MUSICA.

MONJES. (Salmo. Dentro de la iglesia.)

Por todas partes, Señor,
mis enemigos me cercan,
y con su poder altivos,
aun insulta mi flaqueza.

CONJURADOS. (Dentro.)

La campana, navarro, ha sonado;
ni te llama ella, ni te llamo yo;

(Van saliendo.)

que te llama la patria oprimida
que pide á sus hijos el ser que les dió.

(Los Conjurados, que han ido saliendo paulatina-
mente uno á uno y por muy distintos sitios, co-
ronan por completo la escena, ocupando todas las
alturas. D. Pedro Tizon sale de la iglesia seguido
de unos cuantos caballeros.)

GIL.

No miran. Cómo logro
llamarles la atencion?
Un rostro pondré fiero
que muestre mi valor.

La campana, por fin, ha sonado;
ni los llama ella, ni los llamo yo,
que los llama la patria oprimida
pidiéndoles votos para este infanzon.

CORO.

La campana, navarro, ha sonado,
ni te llama ella ni te llamo yo,
que te llama la patria oprimida
que pide á sus hijos el ser que les dió.

MONJES. (Salmo.)

Por todas partes, Señor,
mis enemigos me cercan,
y con su poder, altivos,
aun insultan mi flaqueza.

(Va extinguiéndose la música poco á poco en la
orquesta.)

HABLADO.

PEDRO. (Ya en primer término ó indicándoles se agrupan á su alrededor. Poca voz.)
Navarros, la patria á voces nos llama,
y el no desoir la de nobles es ley:
el tiempo es venido, varones de fama,
que aquí, según fuero, alcemos un rey.
Hidalgos y condes de prez infinita,
ninguno ha olvidado la cita que di.
Tan sólo el de Alperche no acude á mi cita.
Rotron falta sólo. (Con gran amargura.)
(Rotron se abre paso por entre un grupo de Conjurados y avanza hasta el centro seguido de Melendo.)

GUILLEN. Rotron está aquí!
(Movimiento general de gozo.)
Yo soy aquel conde, de Alperche llamado,
que en lides sin cuento probó su valor.
Perdidas mis gentes, perdido el condado,
tan sólo me restan mi espada y mi honor.
No más necesita mi noble ardimiento
si se alza Navarra valiente y leal.
La silla de un potro fué siempre mi asiento
¡y nunca he querido más blando sitio!
Yo sólo, há dos lunas, sustento la guerra,
alzando el insigne navarro pendon.
La voz de la patria me llama á mi tierra.

PEDRO. ¿Qué quiere Navarra? Aquí está Rotron!
Guillen! con bien vengas: que aquí tu voz vibre
llevando á los pechos tu aliento y tu fe.

GUILLEN. ¿Qué quiere Navarra?

PEDRO. (Rápidez y energía.) Pretende ser libre.

GUILLEN. Quererlo ya es serlo! Quien quiso lo fué.
Si es mengua que demos la sangre en abono
de un pueblo que intenta llevarnos en pos,
con hierros de lanza hagamos un trono
y un rey aclamemos en nombre de Dios.

TODOS. Sí! (Con mucha energía y poca voz.)

(Guillen entrega la pértiga al paje que le trae el casco.)

GUILLÉN. Sancho, el rey bueno, postrer soberano
que tuvo corona navarra en la sien,
á manos de un fiero Cain inhumano
murió despenado allá en Peñalen.
Los nobles en odio al vil fraticida,
al trono elevaron un rey de Aragon,
jurando que mano de sangre teñida
el cetro no empuñe ni el régio pendon.
Vacía por muerte de Alfonso primero
de entrambos imperios el trono real,
Monzon en sus Córtes aclama heredero
al monje Ramiro su hermano carral.
Mi patria entre tanto su seno desgarrá
con bandos que agotan su fuerza y valor,
y corre á torrentes la sangre navarra,
y todo es matanza, y estrago, y horror!
Un conde á otro conde declara la guerra;
un pueblo á otro pueblo pretende vencer...
¡y en tanto el arado no surca la tierra
ni puede un rebaño la hierva pacer!
Navarra es el perro que gime y aulla
la muerte llamando con lúgubre son!
En trance tan duro, ¿podrá *el rey cogulla*
con salmos librarla de tanta afliccion?
Si de este consejo los tímidos fallos
al monje llevaran á tal dignidad...
¡no un rey aclamemos cual nobles vasallos;
hagámonos frailes y alcemos abad!
(Con arrebató y gran indignacion.)

GIL. (Adelantándose con cierta compostura impertinente.)

Un rey aquí es fuerza de porte guerrero,
y mozo y navarro de buen parecer.

CAST. Un rey que se vista cogulla de acero!

MEL. Un rey que en la guerra nos sepa vencer!

GUILLÉN. Un nieto hay de Sancho,—el gran soberano!—
García Ramirez, valiente infanzon,
(Movimiento general.)

que al par es el nieto del Cid castellano!

(General asentimiento.)

Á mí, buen Melendo! Aquí mi pendon!

(Lo toma con arrebató.)

- PEDRO. Alcémosle al punto!
(Momento de febril entusiasmo.)
- TODOS. Sí, sí!
- GIL. Deteneos!
Si tal rey alzamos ¡Castilla qué hará,
cuando hoy de inquietarnos se abraza en de—
- GUILLEN. Infanta allí tienen, con él casará. [seos?
—Si el rey de Castilla, al sólio elevado
por medio tan fácil, ve su hija subir,
en vez de enemigo será un aliado.
- PEDRO. Yo á Búrgos hoy parto la infanta á pedir.
- GIL. Detente, don Pedro, y escucha á este conde—
que lleva á la guerra mil lanzas en pos.
¿Por qué don García si es bravo se esconde?
¿Le ha visto la cara alguno de nos?
- CAST. Yo sólo le he visto; que yo le he criado
en tierras lejanas sin pompa real.
Su vida es la vida de un pueblo angustiado,
y así la preservo de infame puñal.
- PEDRO. Que acabe esta lucha cobarde y sombría:
que alumbren la guerra los rayos del sol;
y entónces veremos si escondo á García,
y si hay más valiente mancebo español.
- GUILLEN. Allá en Zaragoza calcéme la espuela
clavando en sus muros la cruz celestial;
mi nombre está escrito con sangre en Tudela
y en Fraga! y en Leire! y aquí otro qué tal!
Jamás á García le he visto la cara!
mas sé cuyo es hijo, y soy hombre fiel.
Si ya no es bastante su alcurnia preclara,
yo, conde de Alperche, respondo por él!!
- CAST. Sea. (Y con ellos su gente.)
- MEL. Sea. (Idem.)
- PEDRO. Sea! (Idem.)
- GIL. Le haré pleitesía
si ciertas mercedes me otorga Rotron.
- GUILLEN. Ya están otorgadas.
- GIL. (Muy gozoso á Langustino.)
(Pues Blanca ya es mía.)
- PEDRO. Al aire el acero!
(Desenvainando el suyo. Todos lo imitan rápidamente. Orquesta.)

GUILLEN.

Aún no es ocasión.

(Lanzándose fuera de sí al centro de la escena, procurando apagar con su voz y acción el entusiasmo imprudente de los Conjurados. Voz apagada pero muy enérgica. La orquesta ha atacado en el momento en que desenvainaron los montantes.)

MUSICA.

GUILLEN.

Silencio, recato,
misterio, prudencia:
la calma es la ciencia
que lleva á triunfar.
Envuelto en la sombra,
y el hierro en la mano
cada uno á su hermano
enseñe á esperar...

Y cuando los montes con eco sentido
repitan de patria la mágica voz,
que todo navarro cual tigre escondido
se lance á la presa sangriento y veloz.

GIL.

El lance se pone
con tanto misterio
un poco más serio
que pude pensar.
Ya huelo, maese, (Á Langustino.)
la atroz chamusquina,
y tal tremolina
aquí se va á armar,

que cuando los montes con eco sentido
repitan los aires con bélico son,
al pobre navarro que no esté escondido
no deja costilla entera Aragón.

PEDRO y CORO.

Silencio, recato,
misterio, prudencia;
la calma es la ciencia
que lleva á triunfar.
Envuelto en la sombra
y el hierro en la mano

cada uno á su hermano

enseñe á esperar...

Y cuando en los montes con eco sentido

repitan de patria la mágica voz,

que todo navarro cual tigre escondido

se lance á la presa sangriento y veloz.

PEDRO. Á aguzar callando el hierro,

MEL. Á su puesto cada cual.

GIL. (Á pensar cómo salimos
de este atroz berengenal.) (Á Langustino.)

GUILLÉN. Tened, esperad!

que en este terrible, solemne momento,

de union juramento

es fuerza prestar.

CORO. Hablad, hablad.

GUILLÉN. Juras, nobles hermanos,

la santa union guardar

(Extendiendo su espada.)

hasta que alegre viva

Navarra en libertad?

PEDRO y CORO. Cruzando los aceros

(Todos cruzando sus aceros con el de D. Guillén.)

la union juro guardar

que vuelve á nuestra patria

su santa libertad.

(Durante este final algunos encubiertos clavan con
sus puñales unos pergaminos en los troncos de los
árboles sin ser vistos de los demás.)

GUILLÉN, PEDRO y CORO. Ah!...

(Repite D. Guillén con el coro toda la cavaleta.)

Como los granos de la granada

unidos siempre nos hallarán,

y Dios maldiga al vil perjuró

que rompa el vínculo de la hermandad.

(Al acabar el juramento se abrazan de dos en dos y
el «Ah!» lo dicen ya divididos en grupos. Al ter-
minar el canto anterior se van diseminando y des-

apareciendo lentamente cantando muy piano la primera parte de esta pieza, mientras que D. Pedro y Guillen dicen los primeros versos de la escena siguiente.)

CORO. Silencio, recato,
misterio, prudencia;
la calma es la ciencia, etc. (Desaparecen.)

ESCENA IX.

GUILLEN, D. PEDRO, D. GIL, LANGUSTINO, MELENDO,
despues GONZALO.

HABLADO.

PEDRO. Guillen, yo parto á Castilla.
Tú serás presto atacado
por Pedro Atarés, que viene
hueste inmensa acaudillando.
Coalígate con el conde,
y aquí resiste hasta tanto
que yo de vuelta, á Pamplona
despierte de su letargo
y venga en tu auxilio.

GUILLEN. Parte.

(D. Pedro estrecha de nuevo la mano á D. Guillen y se dirige al molino, á cuya puerta llama con precaucion. D. Guillen se dirige á D. Gil secamente.)
—Conde, dí que te he otorgado.

(Melendo se va á una seña de Guillen.)

GIL. Tu hija Blanca Mergelina.

GUILLEN. ¡Qué dices? (Fuera de sí, pero dominándose.)

PEDRO. Vamos, Gonzalo.

(Viéndolo aparecer en la puerta del molino.)

GONZ. Antes ver á Rotron quiero.

PEDRO. En el robledal te aguardo.

(Váse sin descender al primer término.)

ESCENA X.

D. GUILLEN, D. GIL, LANGUSTINO, despues GONZALO.

GUILLEN. Conde, hoy empaña un azar

de mi noble casa el brillo;
pero aún me queda un castillo
y pienso que algun lugar.
Por mi rey cuanto tenía
he perdido en la pelea.
¿Quieres castillo y aldea
y aclamas rey á García?

GIL. Guillen... respuesta me das
que con quien soy mal se aviene.
Quien tantos castillos tiene,
qué hará de un castillo más?

(Langustino habrá colocado una gran cartera sobre una piedra, y sentándose en otra escribe en unas hojas sueltas de pergamino con un pincel que moja en un botecito que trae pendiente de una cadena al cuello.)

GUILLEN. Es decir?...

GIL. Que voy creyendo
que ó de mi paciencia abusas
ó la propuesta rehusas
con que yo ¡honrarte! pretendo.

GUILLEN. No es eso! Si á otra ocasion
venido tu oferta hubiera...

(Reprimiéndose despues de un movimiento de cólera.)
acaso la recibiera

con gozo y satisfaccion.

Pero—yo, que en la hija mia

todo mi orgullo cifraba—

cuando en casarla pensaba

á mis solas me decía:

«el que se enlace con ella,

»por ella, señor será

»de Tudela y su Alvará,

»de Cintruénigo y Corella...»

Y hasta que esos pueblos cobre,

—aunque á Blanca sacrifico—

no quiero á infanzon tan rico

dar una hidalga tan pobre.

GIL. Mi pecho condal y fiero
franqueza tanta agradece.

Sé que Blanca no merece
mujer ser de Gil tercero.

Pero aun siendo esto verdad,
y aunque más me corresponde,
alguna vez debe un conde
hacer una heroicidad.

—Yo me caso!—La alianza
hecha está por consiguiente.

Yo pongo dinero y gente,
y tú tu brazo y tu lanza.

Recobramos tu ciudad,
y cuanto perdiste ciego,
y como parientes luego
lo partimos por mitad.

Así no hay pleitos impíos
que zanjar tras la victoria.

Tú te quedas con la gloria!
y yo... con los señoríos.

Te acomoda?

(Gonzalo ha entrado por un momento en el molino
y sale despues con su espada y su tabardo, y es-
cucha.)

GUILLEN.

Yo...

GIL.

Sin mí,

sin mis lanzas y peones,
nada hareis los infanzones
que en consejo he visto aquí.
Más gentes puedo yo alzar
que todos vosotros juntos.

—Medita bien estos puntos
y comienza á contestar.

GUILLEN. Yo pienso que es justa ley
en quien tiene tus blasones,
lidiar sin más condiciones
por su patria y por su rey.

GIL. No es la patria quien convida
á don Gil con tal empresa.

Lo que á la patria interesa,
es que no arriesgue mi vida.

—En cuanto á ese rey, que aquí
llevan, merced á tu abono,
desde un escondrijo al trono,
dime de tí para mí.

¿No hallas alguno mejor

y que alzar más os importe,
por su sangre, y por su porte,
y su hacienda, y su valor?
Pues varones hay aquí
muy más dignos de ese puesto!...
y... sabes que soy modesto
y no lo digo por mí.

GUILLÉN. Su bravura está probada,
y aquí es real su persona
y sangre del Cid la abona.

GIL. Mas su madre fué azotada;
y con muertos no atestiguo,
que en Búrgos hay quien oyó
que no sin causa...

GONZ. (Colocándose entre los dos fuera de sí.)
¡Eso no!

¡por el santo rito antiguo!
Del rey habla á tu placer
bien ó mal, como te cuadre;
mas si tocas á su madre
con él te las has de haber!

GUILLÉN. Gonzalo.

GONZ. (Reponiéndose.) El rey no te oyó,
que está lejos don García.
¡Mas lo que el rey sostendría
por él lo sostengo yo!

GIL. Mozo, el que escupe á los cielos
se mancha aunque bien se ingenie.
Procúrate una progeñe
de cuatrocientos abuelos;
y eso tal vez será parte,
si su nobleza es cumplida,
á que don Gil se decida
á vencerte y á matarte. (Yéndose.)

GONZ. Vive Dios!...

GUILLÉN. Gonzalo, ten.

GIL. (Desde el fondo.) Emplazado estás, garzon.

—Maese, á la procesion.

—Lo dicho, dicho, Guillén.

(Se entra en la iglesia seguido de Langustino.)

ESCENA IX.

D. GUILLEN, GONZALO.

GONZ. Voy tras él!

GUILLEN. No harás!

GONZ. Si haré.

GUILLEN. Á Navarra darás muerte!

GONZ. Qué dices?

GUILLEN. Que nuestra suerte
está en sus manos.

GONZ. Por qué?

GUILLEN. Porque yo vengo vencido,
aunque alta llevo la frente,
y lo mejor de mi gente
dejo en el campo tendido.
Porque las huestes y haciendas
de cuantos tengo á mi lado
destrozadas han quedado
en las civiles contiendas...
y él, que en el marcial alarde
es el solo que la espada
ha conservado envainada
de prudente ó ¡de cobarde!
con su inmensa hueste entera
el triunfo en espacio breve
dará al bando adonde lleve
su pendon y su caldera.

GONZ. Nada más diré, Rotron,
y aún pienso que dije hartó.
— Dame tu mano, que parto
á Castilla con Tizon.

GUILLEN. ¡Tú! Me vas solo á dejar
cuando el riesgo se avecina?

GONZ. Cómo?

GUILLEN. Sube á esa colina:
y un hora no ha de pasar
sin que del sol los reflejos
te hagan ver en cuanto alcanzas
el mar movible de lanzas
que ya se encrespa á lo lejos.

GONZ. Don Gil te vendrá á auxiliar!

GUILLÉN. Pone para que así sea
condicion ¡de tal ralea!
que no es fácil de aceptar.

GONZ. Tu hacienda diste y tu grey
porque García nos rija!

GUILLÉN. Es que ahora pide á mi hija
y esa... ¡vale más que el rey!
—Si tú á Blanca conocieras, (Conmóvido.)
si una sola vez la hablaras...
mi cariño respetáras
y á ese necio no la dieras.

GONZ. Dársela el deber te impone!

GUILLÉN. Falto al deber!

GONZ. De ese modo
eres tú el hombre que todo
á su patria lo pospone?
Eres tú Guillén Rotron,
del navarro honor corona,
aquel que tanto blasona
de lealtad y decision?
Tú, Guillén, por tu interés,
fomentando disensiones,
el yugo á Navarra pones
que forja el aragonés!

GUILLÉN. Calla!...

ESCENA XII.

DICHOS, MELENDO, que sale precipitadamente por la izquierda.

MEL. Señor!...

GUILLÉN. ¡Qué sucede?

MEL. Corre ¡por Fermín el santo!
á tu castillo; que en cuanto
abarcara la vista puede
desde el cerro del pinar,
ondean entre paveses
pendones aragoneses
¡y lanzas se ven brillar!

GONZ. Guerra! (Echándose el tabardo á la espalda.)

GUILLÉN. No! calma y union.

Constancia; astucia; osadía;

que siga la romería!
que salga la procesion!
Inerme está nuestra tierra
y nadie á lidiar dispuesto...
No les demos un pretexto
para comenzar la guerra!

MEL.

Ellos dieron la señal!
Cada encina y cada pino
ostenta ya un pergamino
clavado con un puñal.
De Atarés la villanía
en él á mostrarse empieza
¡pregonando la cabeza
de nuestro rey don García!

(Señalando á la encina en que está un pergamino clavado.)

GONZ.

Mira!

(Corre hácia un árbol y arranca con violencia un pergamino, que lee.)

GUILLÉN.

«El que á Munio Gelmirez

(Guillén toma otro que le da Melendo.)

»ó á Pedro Atarés se llegue,

»y la vil cabeza entregue

»de don García Ramirez,

»sobre hacer cosa muy grata

»á nuestra patria y á Dios,

»recibirá de los dos

(Creciendo su cólera por momentos.)

«trescientos marcos de plata.»

GONZ.

Ya al rey espera un verdugo!

Piensa en tu hija, Rotron, (Con amargura.)

que esta es propicia ocasion!

GUILLÉN.

No, por la Virgen del Yugo!

Si la hiero, si la inmolo,

(En un arranque decisivo.)

nada importa en este alarde.

¡Calle el cariño cobarde (Así mismo.)

y hable la patria tan solo!

—Vé al templo, y al conde dí

que apreste su gente toda... (Á Melendo.)

y que disponga la boda. (Váse Melendo.)

(Ahogados por las lágrimas.)

- GONZ. Así te quería!
(Abrazándolo con entusiasmo.)
- GUILLEN. Así!...
Ley sangrienta del honor!
patria, madrastra y no madre!
¡Cuando soy el peor padre
soy el patricio mejor!
(Con desesperado sarcasmo.)
- GONZ. Guillen! (Queriendo infundirle valor.)
- GUILLEN. Vamos á impedir (Rapidez.)
que Blanca aquí se dirija.
- GONZ. (Como asaltado por un recuerdo.)
¡Venir debe aquí tu hija?
- GUILLEN. Un voto intenta cumplir.
—Vamos.
- GONZ. No he de verla.
- GUILLEN. Oh!...
Como á mí te falta el brío!
—Mas ya es tarde.
- BLANCA. (Abrazándolo tiernamente.) Padre mio!
- GUILLEN. Blanca! (Apartando la vista de ella.)
- GONZ. (Es ella! ¡Qué he hecho yo!)
(Blanca sale seguida de su séquito y abraza á su padre sin reparar en Gonzalo, que al verla queda confundido y con la cabeza sobre el pecho. Las puertas de la iglesia se abren, y empiezan á salir los niños con velas encendidas. El órgano se oye de modo que no interrumpa en nada el diálogo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, BLANCA y su séquito, que trae ramos de flores y coronas para la Virgen. Blanca viste lujosamente.

- BLANCA. ¡Posible es, padre que ya (Gran alegría.)
entre mis brazos te tengo!?
- GUILLEN. Triste y desolado vengo.
- BLANCA. Mi amor te consolará. (Ingenuidad.)
- GUILLEN. Los consuelos de tu fe
no más me darán reposo.
La ¡patria! te elige esposo
y me manda que á él te dé.

BLANCA. (Gozosa, viendo á Gonzalo.)

Cómo? Acaso?... (Pasa entre los dos.)

GONZ.

No!—En tu abril

vas á ser sacrificada.

Mañana serás llamada

la condesa de San Gil.

BLANCA. ¿Yo del conde!

GUILLÉN.

Entre los dos

así queda convenido.

Gonzalo me ha decidido.

BLANCA. Él!—(Tú.)

GONZ.

(Justicia de Dios!)

BLANCA. Padre? (Suplicante.)

GUILLÉN.

Mi palabra dí

y ya suya te contemplo.

—La Virgen sale del templo.

Á ella pídele!

BLANCA.

Ay de mí!

ESCENA XIV.

D. GUILLÉN, GONZALO, BLANCA y su séquito, D. CIL, ME-
LENDO, CABALLEROS, CONJURADOS, MONJES, PAJES, VILLA-
NOS, VILLANAS, NIÑOS DEL PUEBLO, ESCUDEROS y BALLE-
TEROS.

Continúa la marcha de la procesion. Multitud de niños ocupan los puestos más elevados, desde donde arrojan flores sobre el tabernáculo en que va la imagen. Los monjes, Pajes y Aldeanos llevan sendos cirios encendidos. Dos acólitos inciensan á la Virgen. El Abad cierra la comitiva. Hágase notar bien el fervor religioso de los unos, y la efervescencia guerrera de los otros. Los mozos del molino colocan telas de colores en los antepechos del voladizo que lo circunda; á lo lejos se oye, sin que perjudique al canto, el repique de las campanas. Algunos personajes de aspecto siniestro presencian la escena como recatándose de los demas.

MUSICA.

BLANCA. Salve, estrella de los cielos,

Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor!
(Á mi pecho desgarrado
tu cariño dé reposo.
Madre del amor hermoso,
vela por mi hermoso amor!)

GUILLÉN. Salve, estrella matutina.
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
—(Por mi rey y por mi patria
doy su vida y su reposo.
Padre amante y cariñoso,
sólo espero ya en tu amor.)

GONZ. Salve, estrella matutina,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
—(Por mi patria la he perdido;
salvacion no se me alcanza.
Á tí, Madre de esperanza,
te encomiendo nuestro amor.)

GIL. Salve, estrella matutina,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
—(Que en Tudela mis pendones
flotar miren con asombro,
y yo en premio á tu hijo nombro
de mi casa protector.)

(Los que van en la procesion desaparecen y vuel-
ven á aparecer inmediatamente, por detrás del
molino, dirigiéndose á la iglesia por la calzada.)

CORO ORAL. Salve, estrella matutina,
Virgen de sin par belleza.
Salve, espejo de pureza,
llama del divino ardor.

—Todo un pueblo atribulado
en tí cifra su esperanza.
Si eres fuente de bonanza
no desoigas su clamor.

HABLADO Á LA ORQUESTA

- GUILLEN. (Conde, apréstate á la guerra,
que cercano está Atarés.)
(Á D. Gil al pasar junto á él.)
- GIL. (Cuando suelte el estandarte...
yo sé bien lo que he de hacer.)
(Indicando huir.)
- GUILLEN. (Parte á Cella, Alvar Arista,
—Aznar, á Cuadrita vé.)
- GIL. (Ya soy tuyo. Regocijate.) (Á Blanca.)
(Tengo envidia á esta mujer.)
- ABAD. (Á Guillen desde el centro del palio.)
(En silencio allegad gente
y aguardad á que nos den
la señal los de Pamplona
que hundirá al aragonés.)
(Sigue la procesion.)
- GUILLEN. (Tú á Castilla. (Á Gonzalo.)
- GONZ. Yo me quedo
tu castillo á defender.
- GUILLEN. Gracias.)
- GONZ. (Á Blanca.) (Voy á tu castillo.
- BLANCA. Tarde vas!)
- GONZ. (Oh!...)
- GUILLEN. (Á Blanca.) (Fuerzas ten
y no me robes las mias
que Navarra há menester.)
(Vuelve á los Conjurados de los cuales alguno le
muestra las armas que lleva ocultas.)
- GONZ. (Blanca!
(En este momento vuelven á aparecer los que con-
ducen á la Virgen.)
- BLANCA. Aparta!
- GONZ. Nadie mira.
- BLANCA. La santa Virgen nos ve!)

CORO CENERAL.—CONJUNTO.

Salve, estrella de los cielos,
Virgen de sin par belleza.
Salve, fuente de pureza,
llama del divino ardor.
Todo un pueblo atribulado
en tí cifra su esperanza.
Si eres madre de bonanza
no desoigas su clamor.

(Los Conjurados de rodillas á la izquierda; Blanca y Gonzalo á la derecha, Guillen en el Centro. Por el fondo sigue la procesion dirigiéndose al monasterio. Va cayendo el telon lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de armas del castillo de Guillen Rotron.—Gran puerta al fondo izquierda; balcon ó mirador, en primer término de la derecha, y puerta pequeña enfrente.—Chimenea en el foro derecha.—Armas y trofeos por todas partes.—Es de noche.—Una lámpara encendida sobre una mesa, y grandes troncos ardiendo en la chimenea.—Al levantarse el telon sólo está abierto un postigo de las hojas de la puerta del foro cuando se abren aquellas, dejan ver los torreones y obras: de defensa del castillo.

ESCENA PRIMERA.

CENTINELAS, GONZALO y RONDA, dentro: en la escena VASCO, los hombres de armas, escuderos, dueñas y doncellas. Estas estarán agrupadas á la puerta de la izquierda observando lo que pasa por dentro, y ellos sentados unos junto á la chimenea limpiando las armas, otros subidos en escaleras ó sobre el coronamiento de la chimenea, dándoles á otros las armas que descuelgan; algunos blandiendo las espadas y montantes como para probarlos. Dentro de la chimenea habrá dos moviendo las brasas con grandes palas de hierro. Redoble de tambor. Se corre el alerta en el recinto del castillo hasta que la voz se pierde á lo lejos.

RONDA. (Dentro.) Ya la queda nos ha dado

del reposo la señal.
Escuderos del castillo,
vuestros fuegos apagad.

GONZ. (Dentro.) Vela, vela, centinela.
Escuderos, reposad,
que la aurora vendrá á darnos
del combate la señal.

(En la escena.)

UNOS. Limpia, limpia el acero empañado.
OTROS. Limpia, limpia sin darte vagar.
ALG. Pronto, pronto, que ya dió la queda.
TODOS. Y mañana tendrás que lidiar.
UNAS. Mira, mira á la novia vestida.
OTRAS. Calla, calla, que rompe á llorar!
UNAS. Tonta, tonta, la casan y gime!
TODAS. Quién pudiera su puesto ocupar!
RONDA. Centinela, vela, vela! (Dentro.)
GONZ. Escuderos, reposad.
ELLOS. Limpia, limpia, pronto, pronto.
ELLAS. Qué será? qué no será?...
GONZ. Reposad, reposad.
UNO. Centinela, alerta, alerta.
OTROS. Alerta! alerta! Alerta está.
ELLAS. Qué será? Qué no será?...

(Las mujeres desaparecen silenciosas por la izquierda y ellos se agrupan á Melendo, que sale por el foro.)

ESCENA II.

MELENDO, VASCO, HOMBRES DE ARMAS, ESCUDEROS.

HABLADO.

VASCO. Y qué hay de guerra?
TODOS. Eso!
MEL. Hay...

que en diez dias que han corrido
desde que Atarés acampa
á dos leguas del castillo,
no ha dado un paso adelante;
y que si no avanza hoy mismo

mañana iremos nosotros
con los de don Gil reunidos,
á atacar su campamento
y á no dejarle hombre vivo.
Cómo?

VASCO.

MEL.

Esta noche don Gil
de Blanca será marido,
y á Belquer¹ se irá con ella
dejándonos por auxilio
cuantas lanzas y peones
mantienen sus señorios.
Mañana... (Amenazador.)

VASCO.

Mañana es sábado...
y á quien no verá el domingo.
Eso está bien. Pero dime:
¿podrá un hombre bien nacido
antes de ir á que lo maten
saber por qué?

MEL.

No os lo han dicho?
—Por Nayarra y por García!

VASCO.

MEL.

Ese no anda fugitivo?

VASCO.

MEL.

Y ocultó?

VASCO.

Sí.
Pues, hombre,
si acá su ejemplo seguimos,
ni él ni nuestra piel tendrán
de resentirse motivo.

MEL.

VASCO.

Necio! Tú qué entiendes de eso!

Nada. Morir por servirlo
ó por servir á algun conde,
para el caso... da lo mismo.

MEL.

Don García está en Pamplona,
y presto has de verle altivo
alzarse y lidiar.

VASCO.

MEL.

Que venga.
Preparad los atavíos,
que en cuanto el sol se levante
va á haber la de Dios es Gristo!

ESCENA III.

DICHOS, D. GUILLEN, que sale pensativo por la puerta de la izquierda.

GUILLEN. (Pobre Blanca!)

TODOS. Señor?...

GUILLEN. Oye,

(Sin dejar de mirar á la puerta de la izquierda.)
Melendo.—Vosotros idos.

MEL. Cada uno á su puesto. Es tarde,
y aun cuando esté el enemigo
lejano, el hombre de armas,
si sirve para el oficio, (Con aspereza.)
duerme con un ojo abierto.
Que se levante el rastrillo;
que haya atalayas en puertas,
muros, torres y postigos.
Fuera del conde y los suyos
no entre nadie en el castillo.

GUILLEN. Hacedlo como él lo dice;
por su boca yo os lo digo.
(D. Guillen dice lo anterior sin mirarlos. Ellos se
marchan silenciosos despues de bajar la cabeza
respetuosamente.)

ESCENA IV.

D. GUILLEN, MELENDO.

GUILLEN. (Arrojándose en sus brazos al verse solo con él.)
Melendo!...

MEL. Señor, qué tienes?

GUILLEN. En tí, buen Melendo, miro,
más que un servidor pagado,
un noble y leal amigo.

MEL. Aunque me honras, verdad dices.

GUILLEN. Melendo, en este castillo
todo es luto, cuando es día
de galas y regocijos.
De esa estancia salgo; Blanca,

insensible á mi cariño,
triste y silenciosa, deja
que la cubran de atavios,
y aun dos lágrimas furtivas
rodar por su cara he visto.
Más que alegre desposada,
que espera al feliz marido,
triste víctima parece
que camina al sacrificio.
De mí van á separarla;
que no ama al conde imagino,
que ser nunca puede un necio
de una discreta querido;
el conde con sus vasallos
á esta casa hace camino;
espera el altar, y suya
debe ser, Melendo, hoy mismo.
Mi palabra está empeñada;
sin el conde soy perdido;
potente con su alianza
venceré á mis enemigos.
Mas ya sé bien que por esto
á mi Blanca sacrifico!

¿Qué tengo de hacer, Melendo?
Dímelo tú, buen amigo;
que á no haber palabra dado,
patria y rey diera al olvido
contento por ver enjutos
sus ojos ¡que son los míos!

MEL. ¿Y... no sospechas, señor,
de esa tristeza el motivo?

GUILLÉN. Me quiere bien... y me deja.

MEL. Muchas doncellas he visto
como doña Blanca honradas,
(Con mucha marrullería.)
á quienes daban marido,
y aun llorando sonreían.

GUILLÉN. Ser el conde, aunque tan rico
y de estirpe tal, tan necio
la causa será.

MEL. Confío
que es así; pero... las hembras,

—con perdon de esta sea dicho,
cuando les trae el esposo
riquezas, y amor, y brillo,
no paran mientes en eso.

GUILLÉN. ¡Qué dices, Melendo?

(Alarmado por sus reticencias.)

MEL. (Paseando una mirada por la escena.) Digo...
Solos estamos. (Con resolución.)

GUILLÉN. Acaba.

(Con ansiedad y á media voz como toda la escena.)

MEL. Si del continente y brío
de un mancebo, *enamorado*
(Como sin atreverse á decirlo.)
estuviese...

GUILLÉN. ¡Ella?

(Con indignación pero conteniéndose.)

MEL. Por Cristo!...

ojos tiene y es mujer...
(Sin alzar la vista del suelo.)
y de Eva viene!

GUILLÉN. (Dando un paso hácia él.) Qué has dicho?

MEL. Amigo y no servidor
(Recordándole sus palabras con entereza.)
ves en mí. Te habla el amigo.

GUILLÉN. Acaba.

MEL. Su estancia esesa; (La de la izquierda.)
al gran patio del castillo
cae ese balcon: enfrente (El de la derecha.)
se halla la estancia que habito.
Como el patio es tan seguro
nadie vela en su recinto
sino un perro; y como nadie
pisa de noche este sitio
nunca ladra.—Hace algun tiempo,
contra lo que llevo dicho,
al primer canto del gallo
lanzaba fuertes ladridos
que hasta la aurora duraban.
Dijo Blanca que el oírlos
la desvelaba, y el perro
fué á dormir cabe el rastrillo.
Pero... há tres noches oí

de pisadas cierto ruido (Bajando la voz.)
en el patio, y aunque nada
ví al salir, con tal motivo
volví á su lugar el perro.

GUILLÉN. Y?... (Con ansiedad.)

MEL. Y amaneció cosido
(Bajando aún más la voz.)
á puñaladas!

GUILLÉN. Melendo!
(Con voz apenas perceptible.)

MEL. No temas, nadie lo ha visto.

GUILLÉN. Y qué?

MEL. Anoche fui yo el perro.
Desde mi estancia escondido
ví escalar ese balcon
á un hombre.

GUILLÉN. ¡Cielo divino!
Le mataste!

MEL. Aunque tras él
corrí cual nunca he corrido,
del jardín entre los árboles
escapóse á mi cuchillo.

GUILLÉN. Le conociste!

MEL. La noche
que el rostro no viera hizo!

GUILLÉN. Blanca!... Imposible.

MEL. Quizás
alguna de su servicio
será.—Con todo...

GUILLÉN. Con todo...

MEL. Como buscamos motivo
á su tristeza...

GUILLÉN. Es verdad!

MEL. El canto del gallo he oído.
Un perro murió: otro perro
va á ocupar su puesto vivo.

GUILLÉN. Mas si ella fuera... ¡hoy se casa!
No vendrá!

MEL. Pues por lo mismo
que se casa...

GUILLÉN. Si viniere...

MEL. No temas:—es damasquino.

(Mostrándole su puñal.)

Bajo el balcon estaré.

GUILLEN. Cuando ella salga á este sitio
vendré aquí.

MEL. Y entre dos hierros!...

GUILLEN. Oye: Gonzalo es mi hijo (Deteniéndole.)
de adopción, mi honor el suyo;
tú estás viejo aunque con brío;
búscale, que está en su estancia,
y que abajo te dé auxilio.

MEL. Para un hombre, basta un hombre!

GUILLEN. Sea, y Dios vaya contigo!

ESCENA V.

D. GUILLEN.

Es posible que hay más males?
Qué te sucede, honor mío?
Con tantas y tantas penas
ni aún á contarlas atino.
Mas dejemos esta estancia
libre al seductor inicuo,
que así más tarde volviendo
mis recelos averiguo.
Muros que amasé con sangre,
guardad el secreto mío,
que el aliento de una duda
empaña á mi honor el brillo. (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

GONZALO.

MÚSICA.

Apenas desaparece D. Guillen se ve caer una escala sobre el
pesado antepecho del balcon, y á poco sube Gonzalo por ella.

Nadie! Nadie! De la cita
la perjury se olvidó.

Nohe lóbrega y maldita,
en tí mi existencia su término halló!

—
En los campos de grata verdura,
que esmaltan las flores del mayo gentil,
en la fuente que dulce murmura
prestando armonías al aura sutil,
con la pura sonrisa del niño,
con tiernas palabras que el viento llevó,
mil protestas de eterno cariño
su pérfido labio amante brotó.

Oh...

Malditos los campos!

Malditos de Dios!

Que sus rojas amapolas
fuego broten sin cesar;
que el arroyo hierva en olas,
que se trueque en ancha mar,
y que el cielo de ira ciego
no se canse de lanzar
cataratas de agua y fuego
que mil tumbas hagan do quiera brotar!

ESCENA VII.

GONZALO, BLANCA, que sale por la puerta de la izquierda.

HABLADO.

BLANCA. } Ah!...

GONZ.

BLANCA. Silencio!

(Mirando á todas partes y con mucho terror.)

GONZ.

Blanca mia! (Con arrebató.)

BLANCA. Calla, calla!

GONZ.

Di que calle (Siempre á media voz.)

al trueno; dí que no estalle

á la tempestad bravía.

Dilo á los bosques que crujen

ante el huracan deshecho.

No se lo digas á un pecho

en que mil tormentas rugen!

- BLANCA. Gonzalo! Por nuestro amor!
GONZ. Nuestro amor!... ¡Y ella lo invoca!
Osas poner en tu boca
ese nombre encantador?
Darme quieres desagravios
y te humillas de ese modo?
—¡Prenda que arrojaste al lodo,
no la llesves á los labios!
- BLANCA. No, no, tu amor vive en mí.
(Mucha energía, pero bajo.)
GONZ. ¿Vive en tí!
(Con sarcasmo y siempre con poca voz.)
- BLANCA. Tu amor soy yo.
GONZ. Palabras! Palabras!
BLANCA. No!!
GONZ. Blanca! Aún no dijiste sí.
(Con resolución y entereza.)
Ven! La escala está pendiente;
el patio desierto; oscura
la noche: entre la espesura
mi corcel piafa impaciente.
Patria no la he de encontrar
ni hogar tampoco. Ven pues.
El proscrito donde estés
verá su patria y su hogar.
- BLANCA. Y mi honor! Piensa... Detente!
GONZ. Pensar! Pensar!... Lucha inmensa!
—¡Qué vale lo que se piensa
donde está lo que se siente! —
- BLANCA. Huye. Gente viene.
GONZ. (Sin moverse.) Y ya,
qué importa mi horrible vida?
- BLANCA. Si te ven estoy perdida!
GONZ. Adios para siempre!

(Salen rápidamente por el balcón, y en el momento
en que de espaldas le puede ver solo aparece en
el foro D. Guillen y ataca la orquesta.)

ESCENA VIII.

BLANCA, D. GUILLEN.

BLANCA y GUILLEN.

Ah!

MUSICA.

BLANCA. Matadme! Matadme!

GUILLEN. Infame! Maldicion! (Yendo hácia el balcon.)

BLANCA. Atrás! No deis un paso! (Interponiéndose.)

GUILLEN. Atrás! Rayo de Dios!

(Cogiéndola con violencia y haciéndola pasar.)

Esa escala que dió entrada
al que roba nuestro honor,

(Arrancándose el puñal de la cintura.)

al abismo irá rodando (Con satánico placer.)
con el vil á quien sirvió.

BLANCA. No la escala, padre mio,
con el hierro cortes, no!
(Cerrándole de nuevo el paso.)
Corta el hilo miserable
de esta vida de dolor.

CORO. (Dentro. La música interior suspende la accion de
D. Guillen. Los dos escuchan inmóviles el coro.)
Tejamos coronas (Algo lejano.)
de rosa y jazmin,
que trata en casarse
el conde don Gil.

BLANCA. Oh! padre!
GUILLEN Villana!

Oíste?

BLANCA. Oí.

GUILLÉN.

Viejo infeliz!
Vendrá por la niña
más pura y gentil.
Ay canas miserables!
Ay mísero de mí!

BLANCA.

Mi cerebro loco
ni aun sabe sentir.
Ay juventud perdida!
Ay mísera de mí!

CORO.

Tejamos coronas (Ya más cerca.)
de rosa y jazmin,
que trata en casarse
el conde don Gil.

HABLADO.

GUILLÉN. Y al conde he de dar tu mano!
Villana! (Muy bajo.)

BLANCA. Por el Dios-hombre!

GUILLÉN. Yo engañarle! Nunca! El nombre,
el nombre de ese villano.

BLANCA. Su nombre!—Heridme, señor.
(Presentando el pecho)

GUILLÉN. Dios sepulte en noche densa
los ojos que ven la ofensa
y no ven el ofensor!

BLANCA. Padre!

GUILLÉN. El conde va á llegar;
yo, aun sin honor, tengo honra!...
¡Que al decirle tu deshonra
sepa en quién la he de vengar!

BLANCA. Nunca!

GUILLÉN. Que vienen. Acaba!

BLANCA. Piedad!

GUILLÉN. Piedad para tí?

Esta mancha que hay aquí (En su frente.)
sólo con sangre se lava.
Si impune quieres que huya

tu cobarde seductor,
nada importa: en mi furor
verteré toda la tuya!

BLANCA. Que es la vuestra.

GUILLÉN. Pues por mía
y enferma verterla quiero!
En tu pecho con mi acero
voy á darme una sangría.

(Ruido de espadas al pie del balcon.)

BLANCA. ¿No oís?

GUILLÉN. (Con alegría.) Ah!... Tu seductor
con hierro ha tropezado!
Melendo estaba apostado.

BLANCA. Jesús!

GUILLÉN. (Gritando desde el balcon, pero con voz ahogada.)
Melendo, valor!

BLANCA. Padre! que es á mí á quien hieres!

GUILLÉN. Ánimo! (Sigue al balcon sin oír á Blanca.)

BLANCA. (Con desesperacion.) No me responde!

GIL. (Dentro, por el foro.)
Vasallos, tras vuestro conde!

GUILLÉN. Pronto! (Á Melendo.)

BLANCA. Piedad!

GUILLÉN. Calla ó mueres.

(En el momento en que D. Guillen se vuelve, ve á D. Gil, que aparece en el foro seguido de su gente, y tanto Blanca como su padre se quedan inmóviles y aterrados. Cesa el ruido de espadas. D. Gil, jovial y complacido contempla desde el foro, como arrobado, la siniestra figura de D. Guillen y la angustiada de Blanca.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. GIL, MAESE LANGUSTINO, acompañamiento.

GIL. Quietos.—Salud, don Guillen!

—Maese Langustino, á mí.

—La alegría reina aquí:
dícenlo esos rostros bien.

(Por Blanca y D. Guillen.)

GUILLÉN. Conde... (Confundido.)

- GIL. Traigo á mi cronista
para que escriba el contento
que en tan supremo momento
habeis sentido á mi vista.
—Maese, pintad el rubor
de la púdica doncella.
Nada habló, mas todo en ella
dijo á las claras su amor.
- GUILLÉN. Conde...
- GIL. Salud, don Guillén!
Salud, padre venturoso
de este conde generoso.
Yo os mando mi parabien.
No os humilleis, bien estades;
(Á un movimiento de cólera de D. Guillén.)
padre os hicieron mis fallos.
Yo os respeto—Oid, vasallos
de todos sexos y edades.
Todo oído se prevenga
á oír lo que aquí se esconde. (En su pecho.)
—Magnánimo vuestro conde,
déjaos escuchar su arenga.
- BLANCA. (Padre!
(Al verlo próximo á estallar de ira, en tono supli-
cante y muy por lo bajo.)
- GUILLÉN. Blanca!...) (Muy reconcentrado.)
- GIL. Maese, escriba
el gozo del pueblo entero.
(Aquí es el viva primero.)
(Á los suyos por lo bajo.)
Viva nuestro conde!
- LANG. Viva.
- TODOS. Viva.
- GIL. Gracias. Esa aclamacion...
—espontánea, si se quiere,—
aunque mi modestia hiere,
me ha llegado al corazon.
—El conde don Gil tercero
en persona y muy de grado,
ansiendo dar al condaño
el más insigne heredero,
viene á cumplir la promesa
que un día le plugo hacer

¿a esa que, si hoy es mujer,
será mañana condesa!

(Movimiento de D. Guillen.)

—Mirad: todos mis villanos
visten los festivos trajes.

(Blanca continúa junto al balcon sin oir lo que
pasa, queriendo adivinar lo que sucede abajo.)

Al templo, pues.—Hola, pajes!
llegad las sillas de manos.

GUILLEN. Conde, confundido hoy...

GIL. (Sin dejarlo acabar.)

Por mis bondades. Lo creo.

—Al templo.

GUILLEN. Conde... lo veo...

GIL. Y no lo creéis. Estoy.

GUILLEN. Conde, ese enlace... (Valor!)
que me honra tanto...

GIL. Se ve.

(Gran ruido de gentes en el patio.)

BLANCA. (Ah!...)

GIL. Qué ocurre?

GUILLEN. No lo sé.

BLANCA. (Padre!)

GIL. Ese rumor?...

VASCO. Señor...

(Sale precipitadamente por el foro y dice con frase entrecortada.)

ESCENA X.

DICHOS, VASCO.

VASCO. Bajo ese balcon se ha hallado
á Melendo mal herido.

GUILLEN. Ira de Dios! Quién ha sido?...

VASCO. Melendo está desmayado
y no le puede nombrar;
mas en la casa se esconde.

BLANCA. (Ah!...)

GIL. Siervos, á vuestro conde,
que vos lo pueden matar.

VASCO. De Atarés será un espía

el traidor; mas ya cerradas
todas las puertas; tomadas
cuantas salidas tendría,
en nuestro poder caerá.
Don Gonzalo con su gente,
animoso y diligente,
la casa registra ya!

BLANCA. Gonzalo!... (Entre alegre y temerosa.)

GUILLÉN. Él estaba aquí (Reanimándose.)

y yo ingrato me temía
que un vengador no hallaría!
Que venga al punto.

GIL.

Sí, sí.

GUILLÉN. Oye, si hallais al villano,
pensad que en mi señorío
todo criminal es mio.
Nadie en él ponga la mano.
Si intenta sacar á plaza
el por qué delinquiró así,
traedlo al instante aquí...
¡pero con una mordaza!
No heridle: fuera empañar
de mi noble casa el brillo.
¡Soy señor de horca y cuchillo
y le quiero ver ahorcar!

BLANCA. Padre!

GUILLÉN. Mi Gonzalo fiel
me vengará.

GIL.

El matador (Á Vasco.)

solo estaba?

VASCO.

Sí, señor.

GIL.

Pues venga, venga ese infiel. (Váse Vasco.)
Venga y sabrán, viendo aquí
como castigo á los viles,
que la sangre de los Giles
no ha degenerado en mí.
Sal, acero destructor,
y tiemble el mundo á tu vista.
—Escribid, maese cronista,
este rasgo de valor.

ESCENA XI.

DICHOS, GONZALO, VASCO, ESCUDEROS.

BLANCA. (Oh! piedad para los dos!) (Á su padre.)

VASCO. Mi señor... (Señalando á Gonzalo.)

BLANCA. Gonzalo!...

GUILLEN. Amigo! (Á Gonzalo.)

GIL. Ha muerto ya el enemigo?

Lo siento. Vaya por Dios! (Envaina.)

GUILLEN. Habla. (Á Gonzalo.)

GONZ. (Gran Dios!)

GUILLEN. Le has hallado?

GONZ. Yo...

VASCO. Que está en casa es seguro,
que puertas, torres y muro
todo estaba bien guardado;
mas aunque huir no ha podido,
no le encontramos, señor.

GUILLEN. Bien.—(Oye aparte. Al traidor
(Llevándose aparte á Gonzalo, que no se atreve á
mirar á D. Guillen.)
que á mi buen Melendo ha herido,
cual todos, tomado habrás
por un ladrón ó un espía.)

BLANCA. (Tiemblo!)

GUILLEN. (La desdicha mía
es mayor. Me vengarás?

GONZ. Yo?...

GUILLEN. Soy viejo. Aún con valor
morir sin matarle puedo.
—Ven más lejos. Tengo miedo
de que oigan mi deshonor.
Mi hija... déjame que acabe.
(Á un movimiento de Gonzalo.)
No oyen, no importa, ¡Por Cristo!
Ese muro ya lo ha visto!
ese balcon ya lo sabe!

GONZ. Mas...

GUILLEN. Por mucho que te aflija,
oye y véngame despues.

Ese que persigues ¡es
el seductor de mi hija!
¡Gonzalo! tu bienhechor
me llamas.—Todo aquí acabe.
Dame sangre con que lave
esta mancha de mi honor!

GONZ. Señor...

GUILLÉN. Calla! Ya lo sé!

Gracias! en tus ojos leo
mi mismo ardiente deseo!

Gracias! gracias! véngame!

(Le estrecha la mano.)

GIL. Leed.

(Por el pergamino en que escribe Langustino.)

LANG. (Leyendo.) «Hazaña notoria.

La espada el conde sacó

y el enemigo escapó.»

GIL. ¡Así se escribe la historia! (Con entusiasmo.)

GUILLÉN. Señor Conde... perdonad.

En el enlace pactado

yo sólo soy el honrado.

GIL. Don Guillén... es la verdad.

GUILLÉN. Siendo así...

GIL. Que lo es sin duda.

GUILLÉN. Mi Blanca pobre...

GIL. Yo rico.

GUILLÉN. La elevais.

GIL. Me sacrifico!

GUILLÉN. (Dios con paciencia me acuda!)

Que todo lo haceis por mí

de vuestro dicho aparece?

GIL. (Vamos, este hombre agradece!)

Qué quereis! yo soy así.

GUILLÉN. La herida de ese escudero

aflige á mi casa toda,

y esto en un día de boda

téngolo por mal agüero.

Y pues vos nada perdeis,

y pues yo todo lo gano,

quede esto así: á vuestra mano

más digno empleo hallareis.

GIL. ¡Cómo?

BLANCA y GONZ. (Ah!)... (Con alegría.)

GIL. Cómo! Un pretexto?

Despreciar mi raza fiera
un hidalgo de gotera!
—No escribas, no escribas esto.

(Rápidamente á Langustino.)

Gonz. Mirad!...

GUILLEN. (Á Gonzalo.) Tente!

GIL. En tales puntos

no miro; el mirar se olvida.
¡Siento aquí toda la vida (En el corazón.)
de mis abuelos difuntos!
Nombre mío, á tí estos duelos
cuando en todo el orbe zumbas!...
¿Qué dirán desde sus tumbas
mis cuatrocientos abuelos?
—Sús! vasallos, á la lid!
Vengarse don Gil previene.
Pues las mismas letras tiene
Gil que Cid, ¡yo seré un Cid!
Quereis guerras! habrá guerras!
Con mis valientes soldados
yo mataré tus ganados,
yo te quitaré las tierras.
Sús! Al aire el pendon negro
hasta morir ó vencer.
¡No quieres mi suegro ser?
Te trataré como á suegro!

(Vase rápidamente con su séquito.—D. Guillen hace una señal á sus servidores, y estos desaparecen tras la gente de D. Gil. Cierran la gran puerta y postigos de ella.)

ESCENA XII.

D. GUILLEN, BLANCA, GONZALO.

GUILLEN. Gonzalo! Gonzalo! (En la mayor afliccion.)

BLANCA. Ah!...

GUILLÉN. Ya los ves. Por ser honrado á ese necio he rechazado!

Casarla no puedo ya.
Poderoso el enemigo
y poca la gente mía,
resistir me prometía
de esta alianza al abrigo.
Gonzalo, lo estás mirando
como mis ojos lo ven.
Aquel que era mi sosten
se pasa al opuesto bando.
Mi patria, que era mi afán,
por una mujer se acaba.
¡Que siempre brota una Caba
donde falta un don Julian!
Gonzalo, de tí lo espero;
véngame tú denodado.
Este brazo deshonorado
blandir no puede el acero.
Júrame al vil encontrar;
júrame rasgar su seno;
jura de mi rabia lleno
morir lidiando ó matar!

(Cogiéndole la mano entre las suyas.)

GONZ. Yo...

GUILLÉN. Jura, hijo mío!

GONZ. Yo?...

(Queriendo retirar la mano.)

GUILLÉN. Vacilas cuando en mil lides?...

GONZ. (Con desesperacion.)

¡Sabes tú lo que me pides!?

BLANCA. No jures!

GUILLÉN. Villana!

(Poniendo mano al puñal.)

GONZ. Oh!...

MUSICA.

GUILLÉN. Deten el brazo impío!
Mi frente es un volcan.
GONZ. El golpe en este pecho
descarga sin piedad.
BLANCA. Gonzalo! Padre mío!

GUILLÉN. Atrás!

GONZ. Tened!

GUILLÉN. Atrás!
La vida que le he dado
le quiero arrebatár.

GONZ. Quitar puede los hijos
Dios solo que los da.

—
La sien del parricida,
que á Dios pretende osar,
un rayo de su cólera
por tierra abatirá.

GUILLÉN. Ah!...

(Dejando caer el puñal que alzaba contra su hija.)
Cobarde mano mía,
por qué temblando estás?

—
(Mas qué es esto? Yo sangre! yo sangre!
Manchada mi mano! qué es esto, ¿gran Dios?
Qué sospecha! Tan solo Gonzalo
en este recinto mi mano estrechó.
¿De Melendo es Gonzalo asesino!
Es Gonzalo el que roba mi honor!)

GONZ. y BLANCA. (Qué medita? Su torva mirada,
su rostro convulso, su trémula voz,
del infierno que hierve en su pecho
anuncian cercana la horrible explosion.
—Tú, Señor, que lo ves desde el cielo,
ampara tan santo, tan férvido amor!)

GUILLÉN. (Obremos con prudencia!
Á espacio, corazón!)
—Recuerdas que mi mano (Á Gonzalo.)
tu mano aquí estrechó?

GONZ. Recuerdo.

GUILLÉN. Dí si á otro
la he dado?

GONZ. No, señor.

GUILLÉN. El crimen deja huella.

- GONZ. Qué dice?
GUILLEN. Mira! (Mostrándole la mano.)
GONZ. Oh!...
 (Gonzalo mira con horror su ensangrentada mano.)
GUILLEN. Hay sangre en esta mano!
BLANCA. Dios santo!
GONZ. Maldicion!
—
GUILLEN. La sien del homicida
 que á Dios pretende osar,
 un rayo de su cólera
 confunde sin piedad.
—
BLANCA. Al ver que su honra mancha
 el que abrigó en su hogar,
 en él y en mí su cólera
 tremenda estallará.
—
GONZ. Sin trono y sin amores,
 sin patria y sin hogar,
 la tierra donde piso
 me falta ó se me va.

HABLADO.

- GUILLEN. Errante y proscripto al verte,
 mi techo y mi pan te dí!...
 ¡Deshonra! me das tú á mí,
 y á mi servidores, muerte!
 Venganza pide el ultraje;
 y aunque estás bajo mi techo,
 tu ingratitud ha deshecho
 los fueros del hospedaje.
 (D. Guillen toma una espada de una de las pano-
 plias.)
 Calla y lidia sin tardanza
 y sin que el aire lo sienta.
 ¡Navarra sabrá mi afrenta
 cuando sepa mi venganza!

- BLANCA. Reparaciones honradas (Rapidez.)
puede encontrar un error.
- GUILLEN. ¡Los desgarrones de honor
se cosen ¡con estocadas!
- GONZ. Herir no puede mi hierro
á quien di de padre el nombre.
- GUILLEN. ¡Si no lidias como un hombre,
te mataré como á un perro!
(Se va á lanzar sobre él; mas se queda inmóvil al
oír la campana del castillo, que no dejará de sonar
hasta el final de la escena sino por cortos inter-
valos.)
- BLANCA. Ten!!—Gente llega á tu puerta.
Álguen el rastrillo pasa.
¿No oyes?
- GUILLEN. (Sombro.) Oigo que en mi casa
doblan ya por mi honra muerta!
(Marcha de trompetas y atabales que se acerca por
momentos. Sigue el acompasado y grave son de la
campana.)
- GONZ. (Sacando la espada y pasando junto á él.)
Gentes son que el conde guía
contra tu casa y persona!
- BLANCA. (Que ha corrido al balcon y como asiéndose á una
esperanza.)
No! Conozco de Pamplona
la alegre trompetería!
- GUILLEN. Llegan!
- GONZ. Sí! (Que ha ido al foro.)
- GUILLEN. Despues será!
(Á Gonzalo fuera de si.)
- GONZ. Despues... haz tu obligacion.
- GUILLEN. Quién busca á Guillen Rotron
y sin vénia entra hasta acá?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. PEDRO TIZON, CABALLEROS, CONSEJEROS, MON-
JES, HERALDO, PAJES, PUEBLO y servidumbre de D. Gui-
llen en el fondo.

Un anciano trae el pendon de Navarra; otro la bandera de
Pamplona; otros varios pendones y banderas de distintos se-

ñorios y las de las cuatro merindades. Cierra la comitiva el municipio de Pamplona precedido de sus maceros y pajes: uno de estos trae una bandeja cubierta con un paño que cubre la corona real. Presiden el obispo Sancho Roca y los abades de la Serna é Ibañeta con sus monjes, y guiados por sus cruces abaciales y la apostólica de San Fermin. Tizon viene delante y dice desde la puerta del foro.

PEDRO. Es la ciudad de Pamplona.
que se alzó al rayar el día
y busca al rey don García
para darle su corona.

GONZ. (Gran Dios!)

GUILLÉN. Mi rey no está aquí.

PEDRO. Sí está; y tú le has albergado
sin haberlo sospechado.

GUILLÉN. ¡Luego el rey es ese? (Á D. Pedre en voz baja.)

PEDRO. (Con entusiasmo.) Sí.

Venle el primero á clamar,
que sin tí rey no sería!

GUILLÉN. (Honra mancillada mía!
ya no te puedo lavar!!)

MUSICA.

BLANCA. Es el rey!

GUILLÉN. Es el rey!

GONZ. Qué me pasa?

PEDRO y PUEBLO.

Todo un pueblo, humillado á tus piés,
y por tí sus pendones alzando
la corona te viene á ofrecer.

BLANCA. Es el rey; es el rey! Todo un pueblo
la corona le viene á ofrecer.
(La corona de Blanca te aleja:
no la ciña, Gonzalo, tu sien.)

GUILLÉN. (Hay un Dios y ese juzga á los reyes
que ultrajaron al súbdito fiel.) (Á Gonzalo.)
(Este acero á mis canas manchadas
su limpieza no puede volver.)
(Rompe la espada.)

GONZ. (De mi Blanca ese trono me aleja
y á ese trono me llama el deber.
Con las manos en sangre bañadas
mal el cetro podré sostener.)

CORO y PEDRO. Todo un pueblo que padre te aclama,
todo un pueblo se humilla á tus piés,
y por tí sus pendones alzando
la corona te viene á ofrecer.

HABLADO Á LA ORQUESTA.

GONZ. Bien. Yo acepto la diadema
que leal me da Pamplona.

BLANCA. Ah! (Aterrada.)

CORO y PEDRO. Viva el rey don García!

(Fuera repiten el viva.)

GONZ. (Oye. (Á D. Guillen ap.)

GUILLEN. Qué quieres que oiga?

(Con cierto respeto, pero sombrío.)

GONZ. Yo tengo deudas contigo.

GUILLEN. Una, señor, ¡mas de honra!

GONZ. Y cómo pagarla puedo?

GUILLEN. Eso á tí verlo te toca.

GONZ. ¡Para el pago de esa deuda

yo te empeño mi corona!

(La toma del azafate y la entrega á D. Guillen.)

GUILLEN. La prenda que te has llevado

vale más; pero no importa.)

—Pamplona, señor, te espera!

GONZ. Vamos... y Dios nos acorra!

CANTO.

BLANCA. (Se va!

Qué haré,

ay de mí?)

GONZ. Á lidiar,

á vencer

ó á morir.

Llegó el alegre día!
Al aire mi pendon!
Navarra por García!
Que tiemble el Aragon.

BLANCA. (Acabe en este día
mi vida con mi honor.
Mi rey es don García,
adios, adios, amor.)

GUILLÉN. (Me dejas este día
de mancha en mi blason.
Tu trono, don García,
es prenda de mi honor.)

CORO y PEDRO. Llegó el alegre día,
al aire tu pendon.
Navarra por García!
Que tiemble el Aragon!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Claustro bizantino del monasterio de Santa María de la Serna. La parte de la izquierda está alumbrada por una lámpara que ilumina una imagen, y por los rojizos colores que pasan por las ventanas que dan al refectorio. La claustra está bañada por la luz de la luna.

ESCENA PRIMERA.

PUEBLO y MONJES, dentro: LANGUSTINO y el HERMANO GALINDO, que salen á poco.

INTRODUCCION.

Preludio de jota en la orquesta, y bandurrias dentro que acompañan el sencillo y pasajero canto del pueblo. Antes de terminar éste, comienza el órgano y el cántico de maitines de los monjes en el coro.

PUEBLO. (Dentro á la derecha.)
Por las vereditas, (Muy picado.)

que el monte aprisiona,
las niñas bonitas
se van á Pamplona;
y á tal paso dejan
su campo y su hogar,
que arroyos semejan
corriendo á la mar.

MONJES. (Dentro en el foro.)
Con el alba se levanta (Órgano.)
el cristiano labrador,
que cabar la tierra ansía
de la viña del Señor.

PUEBLO. Corran niños y viejos
con la guitarra
y el tamboril!
Corran, que á los festejos
toda Navarra
debe acudir!

HABLADO.

LANG. Alegre vá el pobre pueblo!
(Socarrón y marrullero)

GAL. Poco durará su gozo!

LANG. Y entre tanto aquí... Unos piden
por las almas en el coro...

GAL. Y otros hacen por el cuerpo
bebiendo en el refectorio.

LANG. Siempre que nobles navarros
cóncertar tratan sus votos,
—ya se sabe,—ántes remojan
los gáznates con un sorbo.

GAL. Ay hermano! Y en qué tiempos
tan menguados y azarosos
nos echó Dios á este mundo!
—Cuando el Abad don Gotrondo
regía esta santa casa,

- su protector y patrono
el padre de vuestro amo,
—que goza eterno reposo—
llenaba nuestras bodegas
del Peralta cada otoño.
Hoy el hijo de aquel santo
confortador de mi estómago,
dejarnos trata sin misa,
según bebe nuestro mosto.
- LANG. Ello es así, hermano mío!
—¿Mas no le dirá á un devoto
que ansía del monasterio
mirar los rincones todos,
hacia qué parte de él caen
cocina, despensa y hornos? (Bostezando.)
- GAL. No he de decir! Tengo acaso
entrañas de hereje ó moro
para que no me enternezcan
bostezos tan lastimosos. (Bostezando tam bien.
—Si oler quiere donde guisan,
marche del claustro hasta al fondo
y abra la puerta que hay
frente al pilar milagroso
del aldabon de la muerte.
- LANG. ¡De la muerte dijo?
- GAL. Cómo!
Eso ignora?—En esta casa
tres aldabonazos sordos
anuncian al moribundo
que ya su fin se halla próximo,
en recuerdo de los golpes
de nuestro padre glorioso
el celestial San Benito.
- LOS DOS. ¡Eh?
- (Con gran terror al oír un fuerte aldabonazo dentro.)
- LANG. Conque decís que todo
el que va á morir los oye!
- GAL. Sí.
(Segundo aldabonazo. Dan una vuelta quedand
espalda con espalda.)
- LANG. Jesús!
- GAL. *Pecatum nostrum*

mea iniquitate... (Tercer aldabonazo.)

LANG. Hermano! (Gran temblor.)

GAL. *Confiteor tibi...* (Idem.)

GONZ. (Dentro.) Abran pronto!

GAL. Van!—Jé, jé, jé! ¡Si es que llaman!

LANG. Pues qué se creyó el medroso?

(Riéndose el uno del otro.)

GAL. Nunca os juzgué tan cobarde!

—Voy!

(Han repicado con el aldabon y han vuelto los dos al miedo por un momento.)

GONZ. (Dentro.) Abra ó la puerta rompo.

GAL. Humos trael!—Voy!

LANG. Si el conde pregunta por mí...

GAL. Respondo que estais... (Indicando que come.)

LANG. No, no.

GAL. Ah! ya! Que estais...

(Haciendo que bebe.)

LANG. Que estoy recogiendo ansioso materias que á mis trabajos den vida. (Llevándose las manos al estómago.)

GAL. El conde es un poco...

(Llevándose un dedo á la frente.)

LANG. *Stultus.*

GAL. Cómo dice?

(Que ha ido á tomar el farolillo.)

LANG. *Stultus.*

GAL. Hable en romance.—Voy. (Con desentono.)

LANG. ¡ (Á un tiempo y riéndose la gracia.) Tonto!

GAL. (Váse cada uno por un lado riéndose por lo bajo. Vuelve á oírse el órgano por unos momentos, y la jota en la orquesta.)

ESCENA II.

GONZALO, CASTELLEZUELO, embozados, GALINDO que sale delante procurando verles la cara á favor del farolillo.

GAL. Si no dan el santo y seña (Sale.)

- que no pasan les prometo.
GONZ. Hable bajo y con respeto
como Cristo nos enseña.
GAL. Mas quiénes son?
GONZ. No lo ve?
(Poniendo la mano en la cruz de la espada.)
GAL. Perdonen que no me fie...
GONZ. Calle el hermano y guíe
á donde su Abad esté.
GAL. El Abad canta maitines
con todos sus cogullados
y nunca admite embozados
de su celda en los confines.
CAST. ¿Es cierto que altos varones (Agitacion.)
júntanse aquí con misterio?
GONZ. ¿Están en el monasterio (Ansiedad.)
los navarros infanzones?
CAST. Su concejo han celebrado?
GONZ. Hable ya! qué le detienē.
GAL. Si á beber con ellos viene
un poco tarde ha llegado;
que algunos el duro suelo
midieron ya con sus lomos.
GONZ. (Á tiempo venidos somos,
amigo Castellezuelo!)—
—¿Es decir que de su junta
en el comienzo no están?
GAL. Si el santo y seña no dan
no hay respuesta á la pregunta.
GONZ. (Bien la traicion se declara!
CAST. No os lo dije?
GONZ. Más no aguanto.)
—Basta para seña y santo
el que me mires la cara. (Va á descubrirse.)
CAST. (Señor... (Deteniéndole.)
GONZ. Convencerle es ley.
CAST. Y si en tu contra conspira?
GONZ. Húndele el puñal.
CAST. Bien.)
GONZ. Mira. (Se descubre)
GAL. El molinero!
CAST. Tu rey!

- GAL. El rey! (Inclinándose.)
GONZ. Te dije quién soy.
Piensa qué va de tí á ser
si alguno llega á entender
que en el monasterio estoy.
GAL. Yo...
GONZ. Dónde hallaré á tu Abad?
GAL. Arriba en la celda nueva. (Mucha solicitud.)
GONZ. Quieto!—La noche es de prueba;
pero me agrada en verdad;
que pues provocan la lid,
de saber ardo en deseos
si el rey de los Pirineos
es digno nieto del Cid!
(Váse seguido de Castellezuelo.)

ESCENA III.

GALINDO, PEDRO TIZON, D. GIL, INFANZONES y MONJES.

- TIZON. (Dentro.) Galindo? (Llamándolo.)
GAL. (Ay! si los ha visto!...)
TIZON. (Saliendo.) Dí á tu Abad que aquí lo espero.
GAL. (Si los vió, esta noche oigo
los tres golpes.)—Voy corriendo. (Váse.)
TIZON. No es bien, navarros varones,
cuando está la patria en riesgo,
que en el lugar del banquete
tengamos nuestro consejo.
En este sagrado claustro
de añejas memorias lleno,
donde la frente refresca
de Subiza el libre viento,
yo, Pedro Tizon, varones,
de Dios en nombre os congreco.
GIL. Y á tu apellido acudimos.
(Ligeramente marcado.)
Qué nos quieres? Habla presto.
TIZON. Templarios y aragoneses
á nuestro empuje cedieron,
y merced á don García
y al claro favor del cielo,
no lleva al ristre su lanza

- en Navarra un caballero
ni hay armada una ballesta
de las montañas al Ebro.
- GAL. Dí merced á Dios y al conde
que oir os deja su acento.
De la navarra nobleza
obediente á los preceptos
tres dias há que una vira
no han lanzado mis arqueros
de Rotron contra el castillo,
y va corrido igual tiempo
sin que sus ruinosos muros
aportillen mis ingenios.
Mas hoy espira la tregua,
—y oid bien lo que os prevengo,—
ó apenas el sol alumbre
me da ese conde altanero
la mano de su hija Blanca,
ó yo, firme en mi derecho,
se la tomo en su castillo
entrándolo á sangre y fuego.
- TIZON. Tuya es, que te fué otorgada
de infanzones en concejo.

ESCENA IV.

DICHOS, el ABAD, GONZALO, CASTELLEZUELO, con cogu-
llas y cubiertos con las capuchas, MONJES y GALINDO:
LANGUSTINO despues por la izquierda.

- TIZON. Llegad, padre, os esperaba.
(Yendo á su encuentro.)
- GAL. (Que os ven la espuela!
(Á Gonzalo, arreglándole la cogulla.)
- GONZ. (Con energía.) Silencio!)
- TIZON. Habeis el rumor oído
que de los montes el eco
en cada instante repite?
Es el pueblo, ¡el pobre pueblo!
que alborozado á ver corre (Amargura.)
de Pamplona los festejos!
Cual vosotros imagina

que vencido el extranjero
y aclamado rey García
una patria al fin tenemos.
¿No lo pensais así todos?

UNOS.

Todos.

OTROS.

Todos.

TIZON.

Pues no es cierto.

(Con reconcentrado dolor.)

Aun no hay Navarra, aun no hay patria?

—¿Recordais que por acuerdo
de los infanzones todos

fui á Búrgos há poco tiempo
en demanda de una infanta
para el rey en casamiento?

Pues por Alfonso otorgada
su hija Urraca, cuando llego
á García con tal nueva,
me dice con torvo ceño:

«La has pedido para el rey

»y yo ser tu rey no puedo,

»si de manos de Rotron

»no tomo corona y cetro.»

En tanto el mismo Guillen
prefiere sufrir un cerco
á dar á don Gil su hija.

¿No veis, varones, en esto,
que trata elevarla al trono
nuestra patria deshaciendo?

Porque rey que al de Castilla

ofenda, tendrá por reino

el campo donde batalle,

por trono el corcel guerrero,

por corona el férreo casco

y el rudo lanzon por cetro.

ABAD.

Y aunque así don Guillen sueñe,

quién te ha dicho que á su sueño

se avenga Garci-Ramirez?

(Con frialdad estudiada.)

TIZON.

Á voces lo está diciendo (Con fuego.)

lo que ocurre. ¿En dónde se halla

García en este momento?

En la hueste no; que apenas

lanzó más allá del Ebro
 á Atarés, dos dias hace
 dejóla con gran misterio.
 Á Pamplona no ha llegado
 á pesar de haber dispuesto
 coronarse allí esta aurora.
 ¿Qué mucho, pues, si sospecho
 que en el hogar de Rotron
 ocupae l mejor asiento?

GIL.

Tan discretamente hablabas
 y con tal cordura y seso,
 (Más marcada la embriaguez.)
 que al escucharte creía
 estar me á mí mismo oyendo.
 Mas en lo de que ahora alberga
 al rey el castillo, yérraslo,
 que aun cuando no lo combato
 tan bien cercado le tengo,
 que ni un pájaro entrar puede
 en su recinto.

GONZ.

(Á Castellezuero fuera de sí.)
 (¡Oyes esto?)

GAL.

Á más—aquí lo declaro,—
 soy nieto de mis abuelos
 y Blanca mi dama; y rey,
 infanzon, conde ó ingénuo,
 que adonde los ojos puse
 llegare, no será á ménos
 de estocadas hombre á hombre,
 cara á cara y cuerpo á cuerpo.
 Conde!...

ABAD.

LANG.

GAL.

GAST.

GIL.

(Qué valor da el vino!)
 (Y estotro que lo está oyendo!)
 (Prudencia!) (Al Rey.)

Y así lo hablo,
 porque aunque en los caballeros
 no está bien el ufanarse
 con favores que debieron
 á las damas, en reserva
 decir por lo bajo puedo
 que algunos de Blanca obtuve.

GONZ.

Mientes!

(No pudiéndose contener, desde el grupo en que está. Confusion.)

GIL. ¿Quién dice que miento?

—Á mí, Langustino!

(Buscándolo tembloroso con la vista por todas partes.)

ABAD. (Al rey.) (Tente.)

GIL. (¡Ande la danza!) (Frotándose las manos.)

TIZON. (Á algunos que han sacado las espadas.)

Teneos.

ABAD. Cómo es esto, don bellaco?

(Encarándose en Galindo, fingiéndose indignado y llevándole cogido por una oreja al centro de la escena.)

¡Mentís á tal caballero!

—Perdonadle, noble conde.

protector y amparo nuestro.

Es el hermano Galindo

que los malos tiene dentro.

GAL. Yo!

(Brinco de sorpresa, pero se encuentra 'con que Castellezuelo le amenaza con un puñal, se vuelve y el rey hace lo propio.)

CAST. (Calla!)

GIL. (Reponiéndose.) ¡Ah, ya! Es el hermano!

—Sujétame, que estoy ciego! (Á Langustino.)

—Si me hubiera dicho: faltas

á la verdad... lo comprendo;

pero... mientes! ¡a mí mientes!

ABAD. Por él habló ese perverso (Muy compungido.)

enemigo de los hombres

que há dias llevo en el cuerpo.

GAL. (Habló el... diablo y dijo mú.)

ABAD. Mas le pesará el acceso

á fuerza de disciplinas.

que este es siempre su remedio.

GAL. (Gran justicia!—Chilló el rey, pues zurriagazos al lego!) (Váase.)

(Con menosprecio al Abad.)

GIL. Si la plebe no asistiera
jamás á nuestros concejos...

jamás á nuestros concejos...

TIZON. ¡Eso no, conde! En Navarra
el pueblo tiene derecho

el pueblo tiene derecho

de oír lo que al pueblo importa,
y siempre reconociéndolo
se han arrancado las puertas
de los palacios ó templos
donde las Córtes se juntan.

—Mas no perdamos el tiempo.—

Hijos y herederos somos
de aquellos hombres excelsos
que allá en Borunda fundaron
del Sobrarbe el noble reino.
Los en tal cuna mecidos
es justo que soportemos
que bien la ambicion de un conde,
bien el sandio amante afecto
de un rey, deshaga en un día
lo que valientes aquellos
con anchos rios de sangre
en tantos años hicieron?
¡No por el mártir de Amiens!

Todos. No!

GIL. No; por el rito nuevo!

TIZON. Es preciso que esta noche
el obstáculo interpuesto
entre la paz y García
quede por siempre deshecho;
que don Gil case con Blanca
esta noche.

GIL. Y á más de eso
que en dote traiga á Tudela.

—Escribe.—(Á Langustino.)

CAST. (Calma.

GONZ. (Dominándose á duras penas.) La tengo!)

TIZON. La astucia nos valga, hermanos.

El Abad ir debe presto
al castillo de Rotron,
y anunciarle que tan luégo
como la aurora sonria,
de sangre y botin sedientos
al asalto se disponen
del conde los mesnaderos.

Para que Blanca se salve
propondrále al monasterio

conducirla, de su honra
y su vida respondiendo.
Accederá á la propuesta
Guillen, por librar del riesgo
á la que más que á sí quiere;
y una vez en poder nuestro
Blanca, de grado ó por fuerza,
con don Gil la casaremos.

GIL. Y libre así don García
no opondrá obstáculo serio
á casarse con Urraca.

TIZON. Partid, pues.

ABAD. No sé si debo...

(Interrogando al rey con la mirada.)

TIZON. Cómo, padre, rehusais?

GIL. ¡Rehusais? (Escandalizado.)

GONZ. (Acepta!)

ABAD. Acepto.

TIZON. Gracias de la patria en nombre.

—Buen conde, dale tu sello
para que pasar le dejen,
con algunos de su séquito,
de Rotron hasta el castillo
tus lanzas y ballesteros.

GIL. Dóiselo á mi fiel cronista,
que de guía irá sirviéndolo: (Le da el anillo.)
y á prevenir á los míos
de cuanto sucede vuelo.

—Padre, mientras elocuente
convenceis vos á mi suegro,
yo haré que de mi laud
lleguen á Blanca los ecos;
que en estas noches de tregua
más de una trova en son tierno
entoné cabe el rastrillo,
y ó los ojos me mintieron,
ó á oirla salió una dama
á las almenas de pechos.
Mas adios, que estoy narrando
arcanos de amor risueños,
y comprometer pudiera
mi alta fama de discreto.

(Váse seguido de algunos.)
TIZON. Ahora, hermanos, á Pamplona
á tranquilizar al pueblo.
—Adios, padre, y Él os guie.
¡Á Pamplona, compañeros!
(La orquesta recuerda muy piano algunas notas del
canto de la conjuracion del primer acto: vánse por
la derecha. Castellezuelo se dirige á Langustino
con precaucion; el Abad observa impaciente al rey,
éste los ve salir, inmóvil. Cuando han desapareci-
do, arroja la cogulla, dirigiéndose al sitio por donde
se fueron, ciego de ira, y Castellezuelo la recoge.)

ESCENA V.

GONZALO, el ABAD, CASTELLEZUELO, LANGUSTINO.

GONZ. ¡Traidores!
LANG. ¡El rey! (Aterrado al verlo.)
GONZ. ¡Qué rey?
(Volviéndose rapidamente hácia él fuera de sí.)
¡Por el mártir de Loarre!...
El huracan soy, que barre
cuanto se opone á su ley!
ABAD. Señor, recobrad la calma.
GONZ. Buen monje... ir á orar procura
porque acabe esta aventura
jen que me van vida y alma!
ABAD. Pero...
GONZ. (Colérico.) Respeta mis fallos
é implora el favor divino.
(El Abad baja la cabeza y se va.)
—Castellezuelo, al molino,
que allí esperan los caballos. (Mucho brio.)
Corramos suelta la brida!
y tú... cronista de embustes,
no más tiembles ni te asustes,
ven, si es que estimas la vida!
(Arrastrándolo tras sí.)
CAST. Calla! Ese canto...
(Jota en la orquesta, y pueblo lejano que canta.)
GONZ. (Entusiasmo.) Él aumenta

la esperanza á que me agarro.

¡Es mi buen pueblo navarro (Muy sentido.)
que así á la lucha me alienta!

—¡Blanca! ven en mi socorro,

que encadenado á tu fe,

una corona empené

y á desempeñarla corro!

¡Nave de mi anhelo jorza!

que con tu amor por adarbe,

reina te haré de Sobrarbe,

de Borunda y Ribagorza!

(Váse rápidamente seguido de Langustino y Castelluelo, que le indica, puñal en mano, el camino.

—Sigue la jota en la orquesta, y el canto popular se va acercando.—Cambia la decoracion y éste se apiana instantáneamente.)

CUADRO SEGUNDO.

Exterior del arruinado castillo de Guillen Rotron.—Á la izquierda un torreón saliente, del cual pende una escala que se apoya en un muro semicircular que rodea al torreón.—Antepecho almenado, derruido en parte, que corre desde el proscenio de la derecha al muro de la izquierda, que sirve tambien de dique á las aguas que inundan la escena, dajando sólo un ribazo practicable en el fondo derecha.—Luna clarísima, que ríela en las aguas, en las que se proyectan los árboles y plantas de las orillas, como tambien los grandes nubarrones que van desapareciendo.

ESCENA VI.

BLANCA, MELENDO, D. GUILLEN.

Blanca aparece en el voladizo del torreón de la izquierda, con los ojos fijos en la luna. Melendo sentado al pie de la escala,

ballesta en mano, y observando fijamente hacia la derecha con el arco armado. Guillen, de pie, frente al público, contemplando á su hija, cruzado de brazos, oculto á su vista por el saliente del talud del torreón. Sigue la música y el canto muy lejano del pueblo. Un rayo de luna ilumina la figura de Blanca, dejando en sombra la de Rotron.

BLANCA. Astro apacible de la dulce noche,
luciérnaga esplendente de los cielos;
faro de caminantes y afligidos,
pálida luna,

—
si adonde está el amor de mis amores
el blando influjo de tus rayos llega,
llévalo envuelta en ellos esta ardiente
lágrima mia!

—
(Quédase inmóvil y sin ver lo que á sus piés pasa.)

GUILLEN. (Melendo!) (Llamándolo casi con el aliento.)

MEL. Señor, tú aquí?!

(Bajo, al ver que Guillen le indica silencio.)

Estar debieras durmiendo.

GUILLEN. ¡Dormir sin honra, Melendo?!

(Con reconcentrada y amarga desesperacion.)

—Mírala, mírala ahí!...

MEL. Si á esta luz la ve un viajero,
creerála desde la plana
piedra á que dió forma humana
un hábil imaginero.

GUILLEN. ¡Pluguiera á Dios que lo fuera!
Pero ese pecho respira
y esa vista helada mira,
y mira porque ¡aún! le espera!

(Desesperacion.)

Ahí noche y día la ingrata

le aguarda llena de fe,

y yo ¡cobarde! no sé

cómo un padre á su hija matal

MEL. Matarla tú? ¡qué has de hacer
viviendo yo!

GUILLEN. Tú!

MEL. Pues vaya!

—Mas vete, que el alba raya
y reposo has menester.

GUILEN. Está el alma tan despierta
que el cuerpo no dormiría:

—Á relevarte venía,
que aun tienes la herida abierta:

MEL. Cerráronla, aunque tan grave,
ya, los dedos bendecidos
de ese ángel de los heridos, (Por Blanca.)
que tanto de yerbas sabe.

Y pues tal hizo por mí,
quiero que sin más palabras
brazos de padre le abras
y eso quitemos de ahí. (Por la escala.)

GUILEN. No puedo.

MEL. No has de poder?

GUILEN. Quitar esa escala? No.

Abrirle los brazos yo?

¡Para ahogarla, puede ser!

MEL. Mas la escala en su memoria
refresca un recuerdo fiero.

GUILEN. Pues eso busco: eso quiero.
Oye, Melendo, una historia.

—Marfilda creció sin madre;
pero el padre que tenía
la quería, la quería...
¡vamos, como quiere un padre!
Era Gilberto breton,
y aunque esto haga poco al caso,
si de haber andaba escaso
sobrábale algun blason.
Mas él nada ambicionaba;
que, como la clara luna
se mira en esa laguna,
en Marfilda se miraba...
y en ella su mente fija,
diera el mundo y otro tanto
por el beso puro y santo
de su pura y santa hija.
Venturoso así, hadas malas
cabe su hogar se sentaron

y quedo á Marfilda hablaron
de trovas, fiestas y galas...
y la estrella del breton
rindió un día su pureza
ante el fausto y la riqueza
de un conde de su region.
Más feliz que yo, aquel noble
un hacha vieja levanta,
y del conde en la garganta,
como en el tronco de un roble,
hundiéndola con presteza,
sin dejar que á Cristo llame,
á cercen corta la infame
mal pensadora cabeza!

—Del rudo ejemplar, testigo
Marfilda que lo miraba,
ya el blanco cuello inclinaba
esperando igual castigo...
Mas cuando Gilberto, ufano,
creyó dar fin á otra vida,
el hacha, mal sostenida,
se le escapó de la mano;
que la que iba á ejecutar
el fallo de sus enojos,
que acudir tuvo á los ojos
una lágrima á enjugar!

—Pues bien; el padre menguado
y débil de quien me ocupo,
que á su hija matar no supo...
por la vergüenza inspirado,
sintióse de pronto fuerte,
y en interno horrible juicio
condenóla á otro suplicio
junto al cual nada es la muerte.

—Cuando á comer se sentaba
Marfilda, todos los días,
entre amargas agonías,
dentro de su plato hallaba,
en recuerdo del error,
causa de tantas querellas,
alguna joya de aquellas
que debió á su seductor.

Y el alma, en el que vertía
al mirarlas llanto ardiente,
lentamente, lentamente
del cuerpo se le salía.

—Yo soy Gilberto el breton;
Blanca, Marfilda; la joya,
esa escala en que se apoya,
y el plato ese torreón!

MEL. Pero esa fué delincuente,
y esta hermosa flor de Mayo
es aún más pura que el rayo
que baña su limpia frente.
Pero aquel padre que dices
dió al villano un golpe cierto,
y nosotros no hemos muerto
al que nos hace infelices.
Su nombre inquieta y despues
sacia en él tus iras fieras.

GUILLÉN. Oh! si tú quién es supieras!

MEL. ¡Luego tú sabes quién es?

(La orquesta recuerda muy piano el canto de Roton en el terceto del acto segundo, de la frase «De Melendo es Gonzalo asesino,» etc.—Cuerda.)

GUILLÉN. Yo!...

MEL. ¡Lo sabes? (Con mucha energía.)

GUILLÉN. Yo...

MEL. Sí, sí.

Lo veo en como respondes.
Es que á mi puñal lo escondes
y lo guardas para tí!
Lo comprendo; pero mira:
este tu viejo castillo
tiene ya más de un portillo:
la tregua esta noche espira.
Corta tu hueste y cansada,
la enemiga grande y fuerte...
no es ya dudosa la suerte
que Dios nos tiene guardada.
¡García se está en Pamplona (Amargura.)
sin curar que estás deshecho,
y ese pueblo que tú has hecho,
canta y rie y te abandona!

Hoy, que aún vivimos los dos,
de tu ofensor dueño eres;
mas por si mañana mueres,
dime su nombre, por Dios;
que yo seré su verdugo
si aliento, do quier le hallare,
aunque en el altar se ampare
de nuestra Madredel Yugo!

ESCENA VII.

DICHOS, VASCO en el ribazo del fondo saliendo de entre los
juncos y malezas.

GUILLÉN. Gracias. (Estrechándole la mano.)

BLANCA. (Torna á mí, esperanza!)

VASCO. Melendo! (Llamándole con muy poca voz.)

GUILLÉN. Quién?

VASCO. Vasco soy,
señor, que de escucha estoy.
Sús! que el enemigo avanza!

MEL. Ya?

VASCO. Desde distancia corta
observando el campamento
he notado el movimiento.

GUILLÉN. No importa, amigos, no importa.

Maderos tengo y resinas
en torres, patio y rastrillo
con que incendiar el castillo
y envolverme en sus ruinas.
Que vengan esos valientes,
y verán en la jornada
que la fiera acorralada
aún tiene garras y dientes!

MEL. Corre, á tu gente despierta
y Dios nos dé su socorro!

GUILLÉN. Á dar el alarma corro.

—Centinela, alerta!

CENT. (Dentro.) Alerta!

(Sigue corriendo la voz hasta que se pierde á lo
lejos.)

GUILLÉN. Blanca, por tí estoy así,

(Blanca se estremece al oír á su padre, y queda de pié.)

y aunque en ello me denigro,
ante el cercano peligro
tiemblo de miedo por tí. (Váse por el recinto.)

VASCO. Uno avanza.

MEL. El tiro apresta.

VASCO. Que el cielo se apiade de él. (Vasco apunta.)

BLANCA. ¿Qué miro, Dios de Israel!
¡Vasco, al suelo esa ballesta!
(Música en la orquesta.)
Es él!

VASCO. Á su encuentro corro!

BLANCA. Corre, vuela, Vasco honrado,
y condúcele á mi lado. (Desaparece Vasco.)

MEL. Dios viene en nuestro socorro! (Alborozado.)

BLANCA. Á dónde vas?

MEL. Á avisar
á tu padre esta ventura.

BLANCA. Tente! No hagas tal locura.
(Todo á media voz.)

Antes es fuerza evitar
que á nuestro Gonzalo vea.

MEL. Mas por qué tal se ha de hacer?

BLANCA. Porque su sangre beber
es sólo lo que desea.

(Con suma energía, pero casi con el aliento inclinando el cuerpo sobre el adarbe para que oiga Melendo.)

MEL. Él!

BLANCA. Detenle, por Dios vivo!
que si á verle llega aquí
le mata y me mata á mí.

MEL. ¿Pero no es su hijo adoptivo?
No es el que á su hogar sentó
el rey y señor que tiene?
el que á libertarnos viene?

BLANCA. No, mi buen Melendo, no!
Es de su honor el tirano;
el que causa su querella;
es el que en la noche aquella
tu sangre imprimió en su mano!

MEL. Conque es ese! Por quien soy!...

BLANCA. Detenle, por Dios eterno!

MEL. Su furia toda el infierno
aquí desata.—Voy!... voy!

(A un movimiento de súplica de Blanca, y váse precipitadamente.)

ESCENA VIII.

GONZALO, BLANCA.

CANTO.

BLANCA. Ah! que de gozo y pena
el alma está tan llena
que el llanto me la arranca
y en lágrimas la exhalo
alegre y con dolor.

GONZ. Blanca! Blanca! (Saliendo.)

BLANCA. Gonzalo! Gonzalo!

¿Qué digo?—Señor!

GONZ. ¿Yo tu señor!

Soy el herido caballero,
que á tus cuidados debió el sanar.
Soy de Subiza el molinero
que te arrullaba con su cantar.

BLANCA. Llegas, mi amante caballero,
que el pecho al verte quiere saltar
Ven, de Subiza el molinero,
que aún me enloqueces con tu cantar.

(Gonzalo comienza á subir por la escala durante el canto de Blanca, y al terminar ésta se encontrará ya casi á la misma altura que ella. Mucha pasión y delicadeza en el recuerdo musical con que termina esta escena.)

GONZ. Rosa de abril,
cándida flor,
ven, niña gentil,
á calmar mi ardor.

BLANCA. Fuego voraz
quema mi sien.
Ven, ángel de paz,
ven, mi niña, ven.

GONZ. Si ante su ardor
me hago de miel...

BLANCA. Con todo su amor
mosca será él.

GONZ. Ven, niña divina,
mi pena á calmar.

BLANCA. Metida en harina
no quiero quedar.

LOS DOS. Ah!...
Ven mi pena á calmar, etc.

ESCENA IX.

DICHOS, GUILLEN, saliendo por la izquierda, y al ver el grupo que forman Blanca y Gonzalo.

HABLADO Á LA ORQUESTA.

GUILLEN. (Qué miro?
(Durante los últimos acordes de la orquesta.)
Yo deliro!
Oh! qué vision cruel!
No, no deliro, ¡es él!
Dios me lo trae, Dios me le envía,
Dios esa víctima quiere inmolar!
¡Hierre, puñal! (Sacándolo con ferocidad.)

(Sigue la música. Gonzalo contempla extasiado á Blanca, que embelesada lo miro. Rotron avanza hacia la escala en que está Gonzalo, procurando no ser visto.)

No me ve! ¿Qué me detiene?

(Queriendo trepar por la escala y como luchando consigo mismo.)

Mi claro honor que me amarra!

(Retrocede horrorizado de lo que iba á ejecutar y dice con gran brío desde el opuesto extremo.)

Alerta, rey de Navarra,
que un noble á matarte viene!

BLANCA. Ah!

GONZ. Rotron!

GUILLÉN. Rotron, que amidos
ó de grado su haber salda;
mas no hiere por la espalda,
que en Navarra no hay Bellidos!

GONZ. Rey soy.

GUILLÉN. Por tal no te tengo.

GONZ. ¡No? (Bajando fuera de sí algunos peldaños.)

GUILLÉN. Por mí á serlo llegaste;
mas la corona empeñaste.

GONZ. Á desempeñarla vengo.

GUILLÉN. Cómo? (Con terrible sarcasmo.)

GONZ. Como la ley fija. (En el primer peldaño.)
¡Pagando!

GUILLÉN. Y con qué dinoro?

GONZ. Yo otra corona no quiero
que los brazos de tu hija!

BLANCA. ¡Gonzalo!

GUILLÉN. No es un ardid?

(Sin acabar de escucharlo y despues de ensanchar
el pecho.)

GONZ. Usa ardides quien bien ama?

GUILLÉN. Hija, alienta; luce, fama!

¡Arriba, nieto del Cid!

Esa escala por un muro

mi claro honor vió caer;

por ella debe ascender

más que nunca limpio y puro.

Y á tu abuelo, que Dios goza, (Á Blanca.)

honrrará tu descendencia,

que si él rescató á Valencia

¡yo recobré á Zaragoza!

BLANCA. Silencio! Que en el juncal (Sigue la orquesta.)

y cabe la antigua alberca

gente miro que se acerca.

GONZ. No temas; á una señal

de esta trompa, mis soldados

(La de caza que lleva al cuello.)

llegarán llenos de fe,

que algunos buenos dejé
en la maleza emboscados.

GUILLÉN. Y añade que estoy aquí (Con juvenil entereza.)
y que el honor presta vida.
¡Ay, honra mía querida,
(Con explosión de sentimiento.)
qué mal me hallaba sin tí!

CANTO.

PUEBLO. (Dentro.) Navarra tiene ya rey
y pronto reina tendrá,
que la infanta de Castilla
viene de camino ya.

(Gonzalo, que iba á volver á subir, se aparta del
torreon, confundido.)

BLANCA. ¡Qué dice?

GONZ. Qué importa?

GUILLÉN. ¡Qué ha dicho esa voz?

GONZ. Un pacto recuerda
que el rey no firmó.

GUILLÉN. Los nobles lo hicieron...

GONZ. Á dolo y traicion.

BLANCA. Ay, padre!

GONZ. Mi Blanca!

GUILLÉN. Horrible dolor!

BLANCA y GUILLÉN. Oh!...

GUILLÉN. En Blanca no puede
lograrse tu amor,
que pierdo á mi patria
si salvo mi honor.

¡Ay, patria, patria mía,
sálvate y caiga yo!

BLANCA. Si exige la patria
mi muerte y baldon,
mi padre me inmola
é inmola su honor.

¡Ay, patria, patria mia,
no tanto exijas, no!

GONZ. Si el trono que gano
me cuesta tu amor,
al trono renuncio,
mi bien, sin dolor.

¡Ay, patria, patria mia,
no tanto exijas, no.

CORO. Navarra tiene ya rey (Dentro.)
y pronto reina tendrá,
que la infanta de Castilla
viene de camino ya.

ESCENA X.

DICHOS, D. GIL, VASCO, hombres de armas.

HABLADO.

GONZ. Si el pueblo rey busca artero,
no le daré yo mi ley;
que tengo en más que ser rey
seguir siendo caballero!

GUILLEN y BLANCA.

Oh!... (Blanca de agradecimiento, Guillen de
amargura.)

GU. Templá el laud.

(Á un paje que le sigue al aparecer en el ribazo
del fondo.)

GONZ. (Á Blanca y Guillen.) Callad. (Toca la trompa.)

GIL. Qué es esto?

(Le sujetan algunos hombres de armas. Uno le
cubre la boca con un lienzo blanco.)

GONZ. Calla, insensato!

—Asid de ese mentecato
—llevadlo á la ciudad;
que en castigo á sus traiciones,

á su doblez y mudanza...
quiero... que baile en la danza
(Como buscando lo mas denigrante.)
de enanos y gigantones.
(Hace una señal y se lo llevan. Él lucha en vano.)
—Así festeja Pamplona,
(Á Blanca con dulzura.)
según añeja costumbre,
del sol á la clara lumbre
á todo rey que corona...
Y así... si me acude Dios,
y en mi empresa airoso salgo,
mi pueblo altivo ó hidalgo
hoy festejará á los dos:
que ó por tí pendones iza,
ó yo—firme en mi querer—
torno por tu amor á ser
molinero de Subiza!

BLANCA. Gonzalo!

GUILLÉN. Yo tu favor (Cayendo de rodillas.)
para él, santo Dios, impetro!

GONZ. ¡No hay trono, corona ó cetro
que valga lo que tu amor!

(Gonzalo sube por la escala y Blanca rodea con sus brazos su cuello. Gonzalo se apoya en el adarbe del torreón y la contempla extasiado. Guillén sigue en actitud de orar. Vuelve á oírse la jota y la copla con que empezó el acto. Han ido levantándose vapores que á poco se convierten en una densa niebla que cubre lentamente la decoración. Este fenómeno, muy frecuente en el país, y que es conocido con el nombre de «boira,» suele durar á veces brevísimos instantes. Al empezar á desaparecer comienza á oírse un repique de campanas) (1)

(1) En los teatros en que no sea fácil hacer este cambio de escena, se hará bajar un telón corto que represente la vista de Pamplona iluminada por los últimos rayos de la luna y los primeros del sol naciente, y atravesará la escena el coro cantando la jota con que empezó el acto, acompañándose de bandurrias y guitarras.

CUADRO TERCETO.

MUTACION.

Plaza de la catedral de Pamplona, adornada brillantemente para la coronacion.—Un riquísimo toldo cubre los primeros términos.—Un sòlio al foro. Á la derecha la tribuna ó pùlpito del evangelio de riquísimos mármeles y forma bizantina, como casi todos los edificios.—Arcos de triunfo, de flores y ramas.—Banderas, gallardetes y colgaduras de telas orientales y tapices que revisten y adornan los muros.—Á la izquierda y al fondo la puerta principal de la catedral, cuyo interior se ve profusamente iluminado.—El foro cerrado por un antepecho almenado y tras él se verá el valle y montañas que forman la cuenca de Pamplona.—Un sol vivísimo alumbrá el cuadro á través de los toldos y el paisaje del fondo.—Una muchedumbre inmensa inunda la plaza y las calles que á ella dan y corona todos los edificios.

ESCENA XI.

TIZON, INFANZONES, PUEBLO y GENTE de iglesia, etc., etc.; despues GONZALO y CASTELLEZUELO, luégo BLANGA, GUILLEN, MELENDO, el OBISPO, D. GIL, VASCO y HOMBRES de armas por último.

CANTO,

(La jota en todo su desarroyo.—Baile.—Sale la cuadrilla de enanos y gigantes, que de una manera grotesca toma parte en la tradicional danza de niños. Gran algazara en el pueblo al ver las caran-

tamaulas de éstos; que serán caricaturas grotescas de moros y moras descomunales. Tizon y los nobles impacientes y pesarosos van y vienen de un lado á otro durante el canto y baile llenos de zozobra é inquietud.)

PUEBLO. Pues García está aquí,
que preludie leal
la guitarra
una jota navarra
por marcha real.

—
Alza, niña, ese pie
y disponte á danzar,
que este día
ver debe García
tu garbo y tu sal.

—
Por un piececito que ví
de una calentura enfermé,
si el rey le mirára lucir
enfermo cayera también.

—
Ay, Sarazal,
fior de la sierra!
bendita tierra!
qué mozas das!

Ay, sí,
lindo pie!
Ay, ay de mí,
si el rey te ve!

—
HABLADO.

TIZON. Y en tanto que así se entrega
(Con desesperacion.)
loco el pueblo á la alegría,
(Á un grupo de los suyos.)
ni el Abad nuevas envía
ni el rey á Pamplona llega!
Qué hacer en tal situacion?
—La verdad dicta la ley.

—Pueblo navarro, tu rey

(Colorándose en el centro.)

víctima de una pasión

que su voluntad cautiva,

te olvida uncido á su carro.

GONZ. No es cierto, pueblo navarro!

(Abriéndose paso. En traje de ceremonia.)

TIZON. El aquí!

CAST. (Que ha salido tras el rey.)

Viva el rey!

TODOS. Viva! (Gran movimiento.)

GONZ. No te olvida quien á amarte
aprendió de tí muy lejos.
Mas tregua da á los festejos
que has de oirme y he de hablarte.

—Moribundo y sin corona

en un lugar escondido,

donde halagaban mi oído

las campanas de Pamplona,

una hembra navarra hallé;

—la primera que veía—

y el amor que te tenía

todo en ella lo cifré.

Era pura como un niño,

y noble y altiva y bella;

y á tí, mi pueblo, y á ella,

os confundí en un cariño.

Que en el puro frenesí,

que mi ardiente pecho inflama,

Blanca y pueblo, patria y dama,

todo es uno para mí!

Los hidalgos en tu abono

otra esposa me eligieron.

Sancionas tú lo que hicieron?

Pues vacante dejó el trono.

PUEBLO. No, no!

GONZ. Así te quiero ver,

pueblo mío, así te quiero!

No es buen rey, no es caballero

el que engaña á una mujer!

Quien mis nobles barbas peina

antes las mesa y arranca

que usar el dolo.—Esa es Blanca.

—¡La reina!

(Señalando á la puerta de la catedral, en donde aparecen Blanca Mergelina (ó Margarita), acompañada de Rotron, que trae la corona en la mano, y el obispo Sancho Rosa. Visten lujosos trajes de corte y ceremonia. Gran entusiasmo.)

PUEBLO y NOBLES. ¡Viva la reina!

GONZ. (Después de conducir por su mano al trono á Blanca.)
Si Castilla no perdona (Á los nobles.)
de su infanta la mancilla,
sabré enfrenar á Castilla,
que al cinto llevo á Tizona.

BLANCA. (Sobre las gradas del trono.)
Pueblo, si llego á olvidar
la merced que ahora me hiciste,
tú que al trono me subiste
del trono me harás bajar.
Si tu amor olvido un día,
que este mi trono se hunda;
que sólo en amor se funda
la sólida monarquía!

GONZ. (Perdon, Melendo!)
(Melendo conmovido, dobla la rodilla y le besa la mano.)

GIL. (Dentro.) Soltad!...
(Saliendo seguido de Vasco y hombres de armas.)
que del nuevo soberano
besar ansío la mano
cual cumple á mi dignidad.

GONZ. Soltadle! (Con repugnancia y desprecio.)

GIL. Á aclamarte llego
leal cual mis ascendientes,
lleno de cariño...

(Va á doblar la rodilla al pie del trono.)

GONZ. ¡Mientes! (Indignado.)

GIL. (Dando un salto atrás.)
(Pues este no ha sido lego!) (Vase.)

GONZ. Según tradición que es ley,
selle el pacto el soberano
abrazando al más anciano.
(De un grupo del pueblo se destaca un anciano, que

guiado por un niño y Rotron, que sale á su encuentro, llega al trono: le hace el Rey subir dos peldaños de la grada, bajando él otro y lo abraza conmovido.—Vitores y aplausos, etc., etc.)

GUILEN. (Señalando al grupo.)

Este es un pueblo y un rey!

—Anégale, mi señor, (Al rey.)

en ese llanto que viertes.

(Blanca besa la mano al anciano.)

—Pueblo: no hay más lazos fuertes
que los que forma el amor!

CANTO.

EL OBISPO. (En el altar portátil que hay junto al trono.)

*Tedeum laudamus,
te Dominum confitemur.*

(El rey se arrodilla y Blanca coloca la corona que ha recibido de su padre sobre la cabeza de Gonzalo. Todos caen de rodillas ménos ella —Cuadro.—Repique general, se oyen los acordes del órgano y cae el telón al repetirse por todos las palabras *Te Deum laudamus.*)

FIN.

GENEALOGIA

CONSTITUCION

ARTICULO 1.º La forma de gobierno de la Republica es la de un Estado unitario, representativo y democrático.

CAPITULO I.º DE LA LEY

ARTICULO 2.º La ley es la norma de la conducta de los ciudadanos.

ARTICULO 3.º La ley es la norma de la conducta de los funcionarios públicos.

ARTICULO 4.º La ley es la norma de la conducta de los jueces.

ARTICULO 5.º La ley es la norma de la conducta de los particulares.

ARTICULO 6.º La ley es la norma de la conducta de los extranjeros.

ARTICULO 7.º La ley es la norma de la conducta de los animales.

ARTICULO 8.º La ley es la norma de la conducta de los vegetales.

ARTICULO 9.º La ley es la norma de la conducta de los minerales.

CAPITULO II.º DE LA LEY

ARTICULO 10.º La ley es la norma de la conducta de los ciudadanos.

ARTICULO 11.º La ley es la norma de la conducta de los funcionarios públicos.

ARTICULO 12.º La ley es la norma de la conducta de los jueces.

ARTICULO 13.º La ley es la norma de la conducta de los particulares.

ARTICULO 14.º La ley es la norma de la conducta de los extranjeros.

ARTICULO 15.º La ley es la norma de la conducta de los animales.

ARTICULO 16.º La ley es la norma de la conducta de los vegetales.

ARTICULO 17.º La ley es la norma de la conducta de los minerales.

ARTICULO 18.º La ley es la norma de la conducta de los ciudadanos.

ARTICULO 19.º La ley es la norma de la conducta de los funcionarios públicos.

ARTICULO 20.º La ley es la norma de la conducta de los jueces.

ARTICULO 21.º La ley es la norma de la conducta de los particulares.

ARTICULO 22.º La ley es la norma de la conducta de los extranjeros.

ARTICULO 23.º La ley es la norma de la conducta de los animales.

ARTICULO 24.º La ley es la norma de la conducta de los vegetales.

ARTICULO 25.º La ley es la norma de la conducta de los minerales.

ARTICULO 26.º La ley es la norma de la conducta de los ciudadanos.

ARTICULO 27.º La ley es la norma de la conducta de los funcionarios públicos.

ARTICULO 28.º La ley es la norma de la conducta de los jueces.

ARTICULO 29.º La ley es la norma de la conducta de los particulares.

ARTICULO 30.º La ley es la norma de la conducta de los extranjeros.

ARTICULO 31.º La ley es la norma de la conducta de los animales.

ARTICULO 32.º La ley es la norma de la conducta de los vegetales.

ARTICULO 33.º La ley es la norma de la conducta de los minerales.

OBRAS DRAMÁTICAS
DE
DON LUIS DE EGUILAZ.

(DIVIDIDAS EN LOS DISTINTOS GÉNEROS QUE CULTIVÓ
EL FLEXIBLE INGENIO DE ESTE FECUNDO Y MALOGRADO
AUTOR.)

COMEDIAS FILOSÓFICO-MORALES.

VERDADES AMARGAS.
LAS PROHIBICIONES.
MENTIRAS DULCES.
LA CRUZ DEL MATRIMONIO.
LOS CREPÚSCULOS.
QUIERO Y NO PUEDO.
LOS SOLDADOS DE PLOMO.

DRAMAS HISTÓRICO-TRADICIONALES.

LAS QUERELLAS DEL REY SABIO.
GRAZALEMA.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

(Semblanzas artístico-literarias.)

UNA BROMA DE QUEVEDO.
UNA VÍRGEN DE MURILLO (1).
UNA AVENTURA DE TIRSO.

DRAMAS BIOGRÁFICOS.

ALARCON.
EL PATRIARCA DEL TURIA.

PARODIA.

MARIANA LA BARLÚ.

DRAMAS DE GARÁCTER.

EL CABALLERO DEL MILAGRO.
LA LLAVE DE ORO.

MÁGIA.

LOS ENCANTOS DE BRIJAN.

(1) En colaboracion con D. Luis de Larra.

LA MANO DE GATO (1).

DRAMAS LÍRICOS.

LA VAQUERA DE LA PINOJOSA.

LA PAYESA DE SARRIÁ.

JUGUETE CÓMICO,

ENTRE TODAS LAS MUJERES (2).

DRAMAS FANTÁSTICO-SOCIALES.

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

EL PADRE DE LOS POBRES.

PROEMIO DIDÁCTICO.

UN HALLAZGO LITERARIO.

COMEDIA NOVELESCA.

LOPE DE RUEDA Ó EL BATIDOR DE ORO.

IMPROVISACION DRAMÁTICA.

¡SANTIAGO Y Á ELLOS!

COMEDIA ALEGÓRICA.

LA CONVALECENCIA.

ZARZUELAS.

LA VERGONZOSA EN PALACIO. (Comedia lírica) (3).

CUANDO AHORCARON Á QUEVEDO. (Anedoctina) (4).

EL ESCLAVO. (Melodrama traducido) (5).

EL MOLINERO DE SUBIZA. (Romancesca) (6).

EL SALTO DEL PASIEGO. (Melodramática) (7).

(1) Las emprsas que deseen representar estas obras de mágia, no impresas, estrenada la una con extraordinario éxito y representada cuarenta y cinco noches consecutivas, inédita la otra, pueden dirigirse á D. DIEGO LUQUE, director de escena de todas las obras de este insigne ingenio.— Madrid, Salon del Prado, 30, principal derecha.

(2) En colaboracion con D. Luis de Larra.

(3) Música de D. M. F. Caballero.

(4) Música de D. Joaquin Gaztambide y D. M. F. Caballero.

(5) En colaboracion con D. Ventura de la Vega, música de Allú y Cepeda.

(6) Música de D. Cristóbal Oudrid.

(7) Obra póstuma. Música de D. M. F. Caballero.